

Mangocho



Constancio C. Vigil

*Es propiedad del autor.
Reservados los derechos
de traducción.*

*Hecho el depósito que
exigen las leyes.*

Env: Ec. Adult

*no se
esto ym
no esta*

MANGOCHO

POR

*O. R.
C. N. de E.*

CONSTANCIO C. VIGIL

Aprobado por el H. Consejo
Nacional de Educación de la
República Argentina como
texto de lectura para 4.^o grado.

34.130

Tercera Edición

EDITORIAL ATLANTIDA
Buenos Aires

155X218

Al lector:

TODO lo que se relata en este libro es simple, sencillo y propio de la vida infantil. Nada hay en estas páginas de extraordinario.

Mangocho es ciertamente un niño que ha existido. Cuanto aquí se dice es la fiel expresión de la verdad. *Mangocho* no fué un niño excepcional, ni prodigioso: fué un niño como todos, y por ello este libro es una historia verdadera de la infancia.

Los seres humanos, en la infancia, son mucho más semejantes de lo que suele imaginarse. Por esto ellos se aproximan y fraternizan entre sí con tanta naturalidad.

Las diferencias sólo existen en detalles, que no modifican la esencia de las cosas ni de las impresiones.

El autor, al atenerse a la realidad, ha sentido identificada su niñez con la de todos los niños. Sin faltar a la verdad, no ha podido separarse de ellos ni singularizarse en forma alguna.

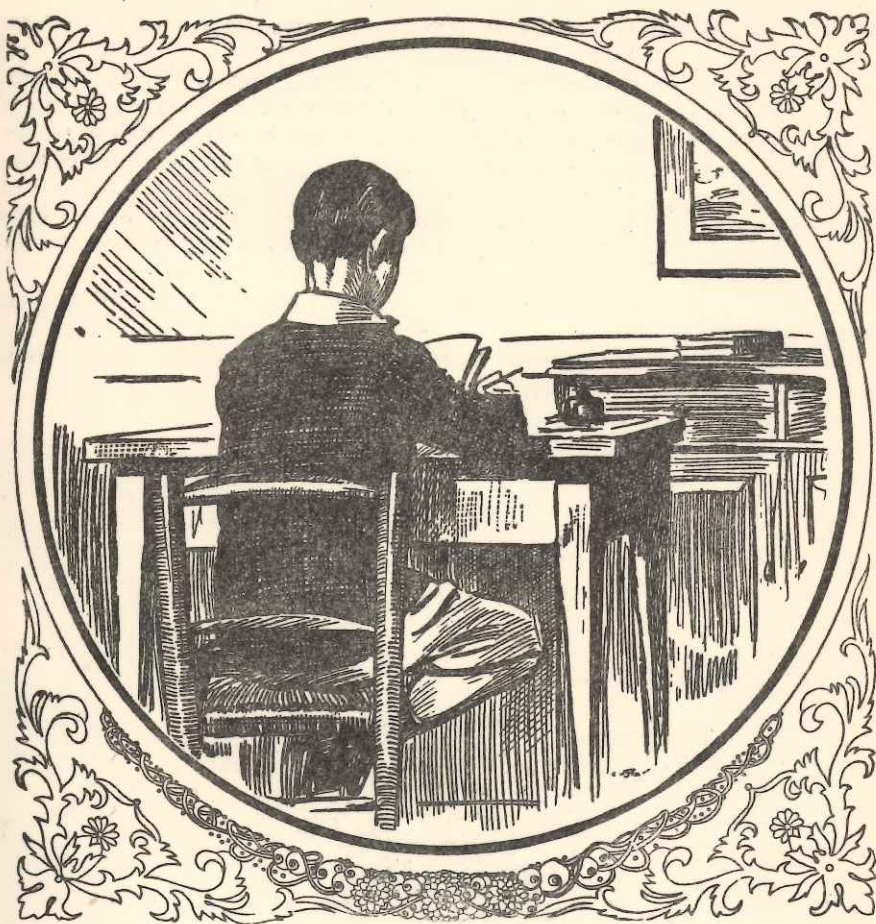
La vida de los niños es, generalmente, tal como

aquí se cuenta: clara y simple. De todo esto, fórmaselo bello, lo grandioso, lo infinito. Después, la vida parecerá otra cosa; parecerá vidas aparte. Al rodar por el mundo los hombres creen que se agrandan... También se agrandan las piedras del alud con la nieve que arrastran al rodar hacia el valle.

Aquí los niños encontrarán un amigo que comparte sus penas, sus alegrías y sus anhelos.

Aquí la intimidad infantil domina y luce sus encantos, sus colores, sus armonías, y recibe las más lindas sonrisas, las más deliciosas ternuras y las más amargas lágrimas.

CONSTANCIO C. VIGIL



¿QUIEN SOY?

YO me llamo Mangocho. Así me dijo mi madre, besándome con los labios, con las mejillas y con los ojos mojados de ternura. Porque las madres besan con cuanto tocan. Con un cabello que me tocaba me besaba.

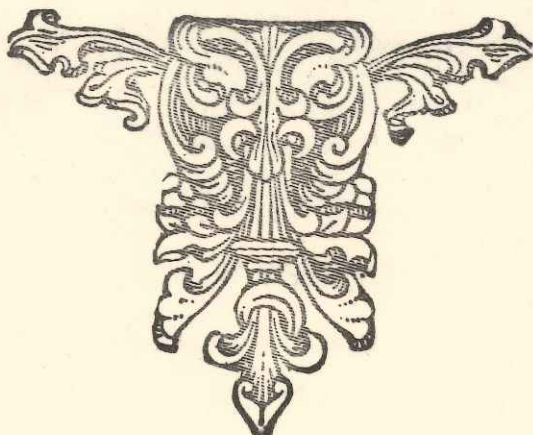
Después tuve otro nombre; pero éste carece de importancia. El verdadero es el que ella me puso; mi verdadero ser es el que ella veía. Nadie me ve como me vió ella. Nadie puede comprenderme como ella me comprendía.

Ahora que ya soy viejo me acuerdo de ella siempre.

Cuando veo a un niño chiquito, pienso que yo también fui así. Yo no podía caminar, ni comer con mis manos, ni abrigarme. Mi madre me tenía en sus brazos, me besaba, me cuidaba día y noche, lo mismo que la madre de este nene que veo ahora. Lloro de hambre, y la mamá le da alimento; llora de sueño, y la mamá le canta para que se duerma. Una mosca pasea por su cara y se acerca a sus ojitos: ella lo libra del peligroso insecto. Este nene moriría al menor descuido; pero tiene a su mamá que lo salva de todos los peligros.

Yo perdí a mi madre cuando tenía nueve años. No la olvidaré, por cierto, mientras yo viva.

No dejaré nunca de quererla siempre, siempre, lo mismo que cuando ella me cantaba en su regazo.



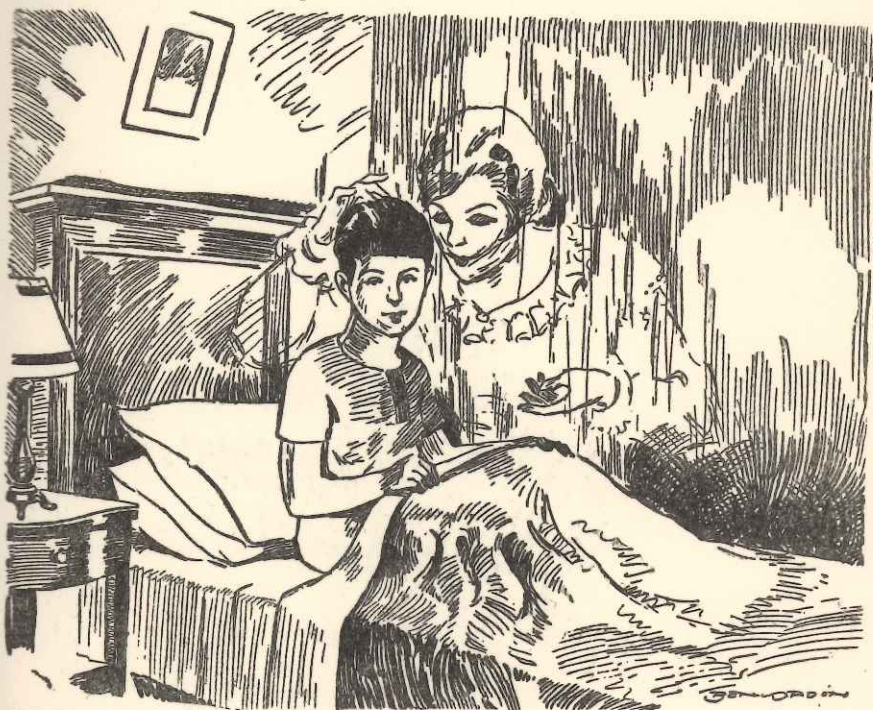
¿SE PUEDE VIVIR SIN MADRE?

LOS primeros días me pareció imposible vivir sin mi mamá. Ustedes seguramente pensarían, en mi caso, igual que yo.

Yo vivía, al mismo tiempo, en el cielo y en la tierra.

Cuando me acostaba, me reunía con ella; la sentía y la veía en sueños.

Buscándola, caminaba durante el día por la casa, hasta que, al fin, recordaba que ella vendría después, para acabar de arreglar mi cabecita en la almohada, para alisarme las cobijas contra el cuerpo, para cerrarme los ojos con sus besos... Entonces, era muy lindo ir a acostarse. Me acostaba tal cual como ella quería...



Todavía me duermo exactamente así, sin cambiar la posición ni de una pierna ni de un dedo de la mano... ¡Es que yo quiero mucho a mi mamá y lo que ella me enseñó no he de olvidarlo nunca!

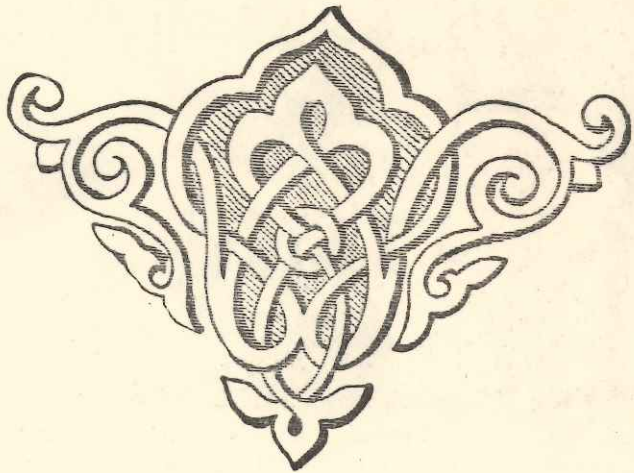
Me hice, pues, a la idea de que ella no había muerto, de que vivía siempre conmigo. Por eso, en lo que cuento en este libro, aparecen mezclados los recuerdos de unos años con otros, y no me sería posible separarlos de ella.

A todos los niños y a todos los hombres les ocurre, seguramente, lo mis-

mo que a mí; esto es, que el recuerdo de la madre perdura siempre y se mezcla con todas las penas y alegrías de la existencia.

A mí me sería imposible separar a mi madre, no sólo de mi infancia, sino de toda mi vida. Ignoro cuándo me separé realmente de ella; ignoro cuándo he dejado de ser niño...

Así he comprendido que yo tenía razón al dudar si podría vivir sin madre. No se puede vivir sin ella, sin tenerla a nuestro lado, sin su consejo y su ternura. Y quienes sufren la desgracia de haberla perdido, la buscan con su corazón, vuelven a encontrarla, se imaginan que la ven y la oyen, le piden que los consuele en el dolor y la bendicen cada vez que la nombran.



LOS CARAMELOS ERAN MUY RICOS ENTONCES

EN aquel tiempo, los caramelos eran tan escasos como deliciosos. Todo el mundo ambicionaba un caramelo. Los confiteros eran las personas más importantes y más útiles.

Había mayor dulzura en un caramelo que en un año de ahora; se la sentía con los ojos, con el tacto, con el olfato, y cuando se derramaba en

la boca, endulzaba el cuerpo entero y producía una especie de atontamiento delicioso.

Se quedaba uno bobo chupando un caramelo.

P a s a b a frente a una confitería con mi mamá. Ibamos de la mano a misa. Era domingo: día favorable para hacerse los gustos.

Desde la penumbra, a través de los pesados cortinones, llegaban hasta la acera mil endiablados olorcillos.

Quise detenerme, miré ávidamente hacia los irre-

sistibles dulces, y pedí al fin: — Mamá, ¡cómprame caramelos!

Pero ella cuidaba demasiado el estómago de su Mangocho para permitirle aquel exceso a destiempo... Apresuró el paso con la esperanza de que me olvidara del capricho. Pero comencé a toser. Aquella maldita tos sobrevino bruscamente y sus accesos eran cada vez más continuos. Mi



mamá me observaba preocupada. “Con un solo caramelo — pensaba yo — quedaría curado”. Pero no creía prudente expresar mi pensamiento en alta voz.

De pronto tuvo ella una idea y la puso rápidamente en práctica. Deteniéndose con cierta brusquedad, exclamó:

— ¡O dejas de toser, Mangocho, o te llevo ligerito a casa y te meto en la cama!...

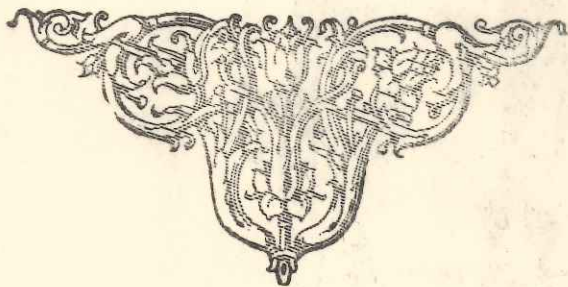
Eché cuentas. Es verdad que tosía porque una vez que me ocurrió lo mismo me dieron caramelos... Era, también, verdad que pasarse el domingo en cama no resultaba un programa divertido...

La duda duró poco.

La tos desapareció como por encanto.

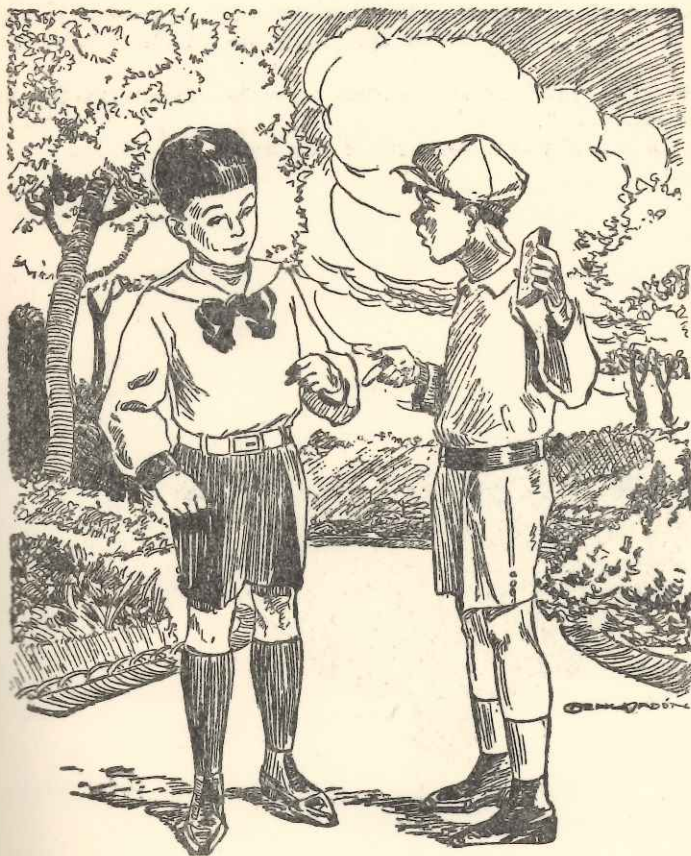
Mamá, después de un rato largo, me miraba de reojo y, sin decirme palabra, sonreía. Sonreí yo también confesando en esta forma mi travesura.

Y en aquel bello silencio se definió la superioridad de la inteligencia maternal.



UN NEGOCIO

UN primo mío poseía un juego de naipes flamante. Yo no los había visto nunca. Sacaba del bolsillo un naipe, y me lo mostraba. La figura y, sobre todo, los colores brillantes y violentos me embelesaban. Sacaba otro, y era en todo diferente. Seguía sacando naipes, siempre uno por vez, y mi entusiasmo aumentaba. Yo pensaba que habría



muchos iguales; eran, no obstante, todos diferentes. Aquella variedad cautivó mi admiración. Entonces mi primo, mostrándome el juego entero y apretado en la mano, me propuso un negocio. "Te lo daré, si me das el juego de dominó". El juego de dominó era pequeñito y de marfil.

Me pareció un trueque magnífico. Traje mi juego y recibí la baraja.

Momentos después mi madre me sorprendía en la contemplación de las figuras

y de los colores de los naipes. Me preguntó de dónde había sacado aquello, y yo le expliqué mi brillantísimo negocio.

—¡Pues ahora mismo — dijo — va usted con el mucamo, entrega esa porquería y trae el dominó!

La miré estupefacto. ¿Era posible que mamá no comprendiera cuánto

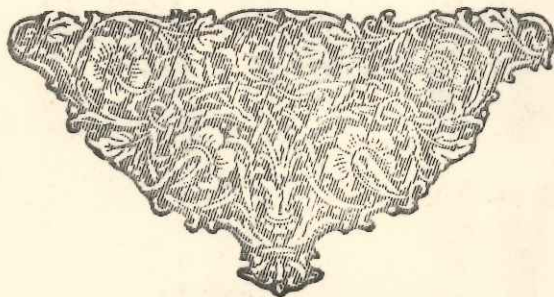
ganaba en el cambio?... ¡Era posible que no supiera que las piezas de dominó no tenían figuras ni colores y que eran todas iguales, sin otra diferencia que los puntitos negros?...

—¡Cosas de mamá! — dije al criado, mientras iba avergonzado a deshacer el cambio.

“¡Cosas de niño bobito!”, pensé después, al recordar el negocio y darme cuenta de que varios juegos de baraja juntos no valían lo que una sola pieza del dominó.

¡Cuántas veces en la vida haremos cambios parecidos, dando marfil por papel, oro por metales ordinarios!

¡Menos mal si la mamá puede deshacer el cambio!



EL JUEGO DE LOS CARRITOS

AQUEL juego, en los días lluviosos, nos unía estrechamente a los tres hermanos.

Los tres, graves y en absoluto entregados a la tarea, estábamos sentados en derredor de un escritorio muy grande de tabla lisa, manchada con grandes lagunas secas de tinta negra. Sobre el escritorio, como por inmenso campo, andaban nuestros carros.

Consistían éstos en un pedacito de papel, en el cual se levantaban los



bordes para darle los diversos aspectos del modesto carrito de un caballo, o de los grandes carros de andar lento, en los que se transportaban las cargas más pesadas.

En la parte anterior, el papel era angosto y retorcido, para formar la "lanza", a la que atábamos un hilo de coser. Prendíamos allí uno o más caballos, con diminutos nudos, o con lazadas que facilitaban el cambio de animales en un mismo vehículo.

¿Y qué caballos eran los que enganchábamos en nuestros carros? Principalmente escarabajos. Utilizábamos también el poderoso caracol, capaz de arrastrar pesos enormes y al cual proporcionábamos piso de hule o de vidrio para que se deslizara con mayor facilidad.

En los carros transportábamos harina de trigo y de maíz, granos de cereales, papel, arena y algodón.

Las marchas se hacían siguiendo el borde de la mesa. Enganchábamos hasta cuatro "caballos" de un solo carro.

Recorriamos, así, largas jornadas.

Los animales disfrutaban de momentos de descanso. Algunos de ellos comían diversas sustancias que les proporcionábamos, o saciaban la sed, todo lo cual contribuía a que la ilusión fuese perfecta.

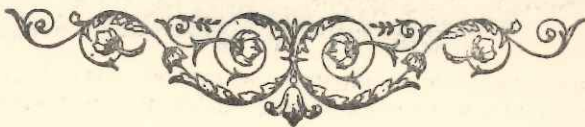
Con alguna pajita en la mano, a modo de picana, y siempre alerta, el conductor seguía los menores movimientos de los "caballos", con la ilusión de guiarlos y apurarlos. Poníamos en juego la principal condición de los carreros: la paciencia.

Este juego absorbía horas enteras nuestra atención.

Un apacible ambiente de trabajo y silencio nos envolvía y cada uno cumplía su tarea con la seriedad de un hombre y el interés de una ganancia de millones.

Los otros juegos eran de todos; éste era nuestro, nos unía en un solo y simple pensamiento a los tres hermanos.

Y los carritos se deslizaban nerviosamente sobre la madera, con los movimientos de los carros verdaderos; aquellos pequeños seres sometidos a un trabajo que hasta entonces desconocían se adaptaban a él como los grandes animales de tiro; la minúscula carga era para nosotros grandes montañas de artículos de comercio, transportadas de extremo a extremo del mundo... a través de los campos y de los caminos, a través de los bosques y los desiertos... ¡Hip!... ¡Hip!...



EL PRIMER CUENTO

A todos los niños les agradan los cuentos. El primero que he oído me lo contó Francisca una noche en que quedamos a su cuidado. Francisca era una anciana sirvienta, gorda, baja, tosca, muy cariñosa y que sabía un cuento muy lindo.

Nos sentamos los hermanitos cerca de ella, y comenzó su relato.

Lo único que recuerdo de él es la escalera; una escalera espantosa, que crujía de la manera más extraordinaria al subir y bajar cierta persona que era madrastra de una pobrecita niña martirizada por ella.

Lo más terrible del cuento era la escalera. Temblábamos cada vez que



la madrastra subía o bajaba por ella para reprender o vigilar a la niña, con la cual nos sentíamos identificados.

Hubiéramos deseado, ya que no desaparecía, que fuese una escalera firme y silenciosa; pero Francisca nos aseguró que cuando le relataron a ella el cuento, siendo chica, los crujidos eran mucho más fuertes y que al oírlos ella temblaba como una varita verde en día de viento.

Nos miramos descorazonados.

¿Podrían, siquiera, crujir menos seguido los terroríficos peldaños?

—Imposible — volvió a afirmar la narradora.

Apenas recobrábamos la calma, distraídos por algún otro detalle, volvían a perturbarnos los extraños ruidos con que la boca de Francisca imitaba los crujidos. Más que boca de un ser humano, parecía gajnate de lechuga, enmohecido serrucho, polea reseca. Toda la gracia del cuento estaba en aquella orquesta espeluznante.

—¡Acá no hay ninguna escalera así! — exclamó uno de nosotros, en el colmo del terror y en demanda de clemencia.

—La del cuento era así — aclaró gravemente la anciana. — Y si les da miedo o no les gusta, me callo, y se acabó.

¡No! ¡Ninguno tenía miedo! Era por saber, no más... Y cambiando una mirada, nos resignamos a aguantar hasta el fin.

• • •

Mientras duraba el relato, estábamos todos juntos; pero cada cual presentía lo que iba a ocurrir después; y todos aguzaban el ingenio, a fin de que la reunión se prolongara.

Ya solicitaba uno aclaración de un pasaje; ya reclamaba otro que se explicase mejor cierto detalle; ya pedía el más chiquito, hasta por tercera vez, que se repitiera el comienzo.

La Francisca, encantada del éxito de su historia, aclaró todas las dudas, contestó todas las preguntas, explicó de nuevo todos los puntos dudosos... No sospechaba que el miedo era la causa de aquella interminable serie de preguntas. Ella también se asustaba con sus propios chillidos.

Pero todo tiene fin, y se acabó la paciencia de Francisca, temerosa de que nos burláramos de ella.

De pie, muy enojada, encendido el rostro, la voz aguda, gritó, de pronto, que si no habían entendido que se quedaran sin saber el cuento, y que había que ir a la cama en seguida.

¡A la cama! ¡Quedarse solos y a oscuras! ¡Eso era el verdadero final del disparatado cuento!

Un miedo atroz me invadió en cuanto estuve solo. Cierta vestido colgado en alguna parte de mi dormitorio me parecía que era la madrastra y los menores ruidos eran los de la fatídica escalera.

Después de unos momentos de coraje, me consideré impotente para sobreponerme a la situación y escondí la cabeza bajo la sábana para poder dormir.

Menos mal que aquel cuento fué el primero y el último que nos contó Francisca.

LOS MUSICOS AMBULANTES

EL cuadro, en colores vivos, representaba un grupo de músicos ambulantes que volvían de alguna parte. Alegres, vestidos como señores, aunque hambrientos, encontrábanse con un transeúnte más alegre que ellos que les pedía que tocaran sus instrumentos. Los músicos le exigían dinero para darle este gusto. El transeúnte sacaba los bolsillos vacíos para mostrarles que no poseía un cobre. Pero lo decía riendo y los pobres músicos lo comprobaban riendo también.



Era el triunfo del buen humor sobre las amargas de la vida.

Un día, después de contemplar el cuadro, le dije a mi padre:

“¡Yo sé qué es esto!” E hice un largo relato, abundando en detalles, sobre los personajes que aparecían en la tela. A mi padre debió haberle complacido mi explicación, porque varias veces y con cualquier motivo me decía que la repitiera.

Cuando venía alguna persona de visita, yo esperaba con cierto aire

de importancia, ser llamado. Se me llamaba, en efecto, y al hablar del cuadro, su significación aparecía un tanto difícil para todos. Entonces se me invitaba a darla.

Cada vez más poseído del asunto, mi discurso cobraba poco a poco claridad y abundancia de palabras.

Al terminar, todos reían, lo mismo que los personajes del cuadro, lo que me daba la medida de mi buen éxito.

Ingenuo y confiado, repetía la explicación en toda oportunidad propicia, hasta que cierta vez, hallándome en un rincón de la biblioteca mirando unas figuras, entró un señor de visita. Después de hablar un rato, mi padre, sin recordar que yo escuchaba, dijo:

—Bueno, vamos a donde está el cuadro.

—Eso es — añadió el señor, — y yo le pregunto a Mangocho...

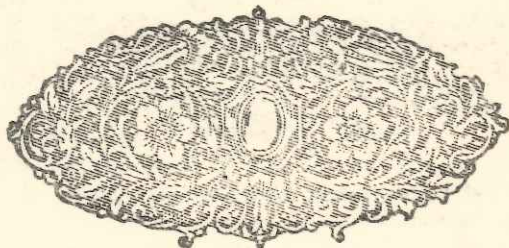
—No, amigo — aclaró mi padre. — Si se lo pregunta usted, directamente, Mangocho comprenderá que nos reímos de la seriedad con que toma su papel, y no del cuadro. Vamos andando y nos detenemos delante del cuadro. Entonces, yo llamo a Mangocho con cualquier pretexto, y después... — Al decir esto salieron de la pieza.

Pero yo ya había comprendido la tramoya y me dolió grandemente el fingimiento de mi padre.

¡Me vi, de pronto, tan chiquito y tan torpe, envanecido de saber lo que creía que todos ignoraban!

¡Debí — pensaba — haberlo comprendido antes!...

Ya nunca más hablé del cuadro aquel y le tomé tal fastidio que al pasar frente a él miraba siempre hacia la pared opuesta.



EN DILIGENCIA

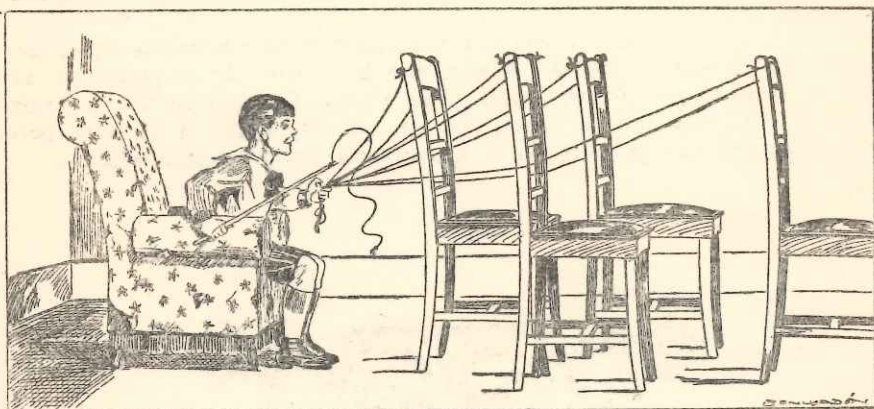
LOS niños de ahora se interesan mucho por los automóviles. Cuando yo era chiquito, el entusiasmo era por los caballos.

En todas las cosas veíamos un caballo.

La cama, la almohada, un banco, una silla, todos los palos, todos los otros niños, todas las piernas de las personas, se convertían, al mirarlos, en caballos capaces de brincar y de correr velozmente.

Había palos de escobas que eran verdaderos potros, díscolos y rebeldes a la doma. No pocas veces daban con el jinete en tierra.

Una tarde llegué a casa de mi abuelita y me puse a mirar ciertas sillas que parecían más caballos que las otras. De repente, até de una un piolín a manera de freno, y le di un chicotazo. La silla se movió y luego se quedó



quieta. La abuelita me propuso entonces que le amansara todas las sillas, convirtiéndolas en animales de tiro.

Eran como ocho o diez.

La idea me pareció excelente y me puse inmediatamente a la tarea.

Fué necesario emplear un ovillo entero de hilo grueso para prender a tantos animales a la diligencia, que era un sillón amplio y viejo, en el cual me senté al fin con las riendas y un látigo en la mano.

Arrancaron los caballos a gran trote. Como un verdadero mayoral de diligencia, azuzaba la marcha con voces, largos besos en el aire y característicos silbidos. En la diligencia me zarandeaban sin cesar los barquinazos. De cuando en cuando, tranquilizaba a los invisibles pasajeros.

Durante largo tiempo, continuó aquel accidentado viaje, a través de llanuras y serranías, de arroyos y de bosques, y durante todo el trayecto diluviaban los chicotazos sobre los caballos.

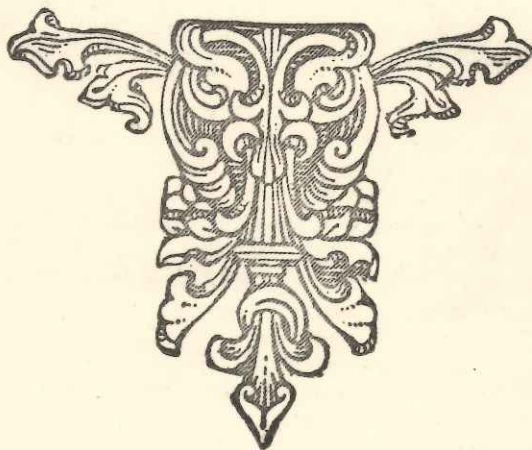
La abuelita me dijo que quedaba muy satisfecha del trabajo y me recompensó con caramelos.

Mansos y molidos quedaron los presuntos animales; pero, no menos maltrecho quedó todo mi cuerpo y, especialmente, mis brazos, que necesitaron una friega de alcohol alcanforado. Aun así, se estuvieron un par de días quietos y doloridos, colgados de los hombros como dos palos.

Pensaba yo que eran las consecuencias naturales del oficio de mayoral, y al encontrarme con alguno, le observaba compadecido los brazos. ¿Cómo se arreglarían — pensaba yo — para desnudarse con los brazos tan duros y doloridos? Porque si yo, en un rato quedaba en aquel estado, era de imaginarse lo que les pasaría a los mayores de verdad después de un día entero de faena.

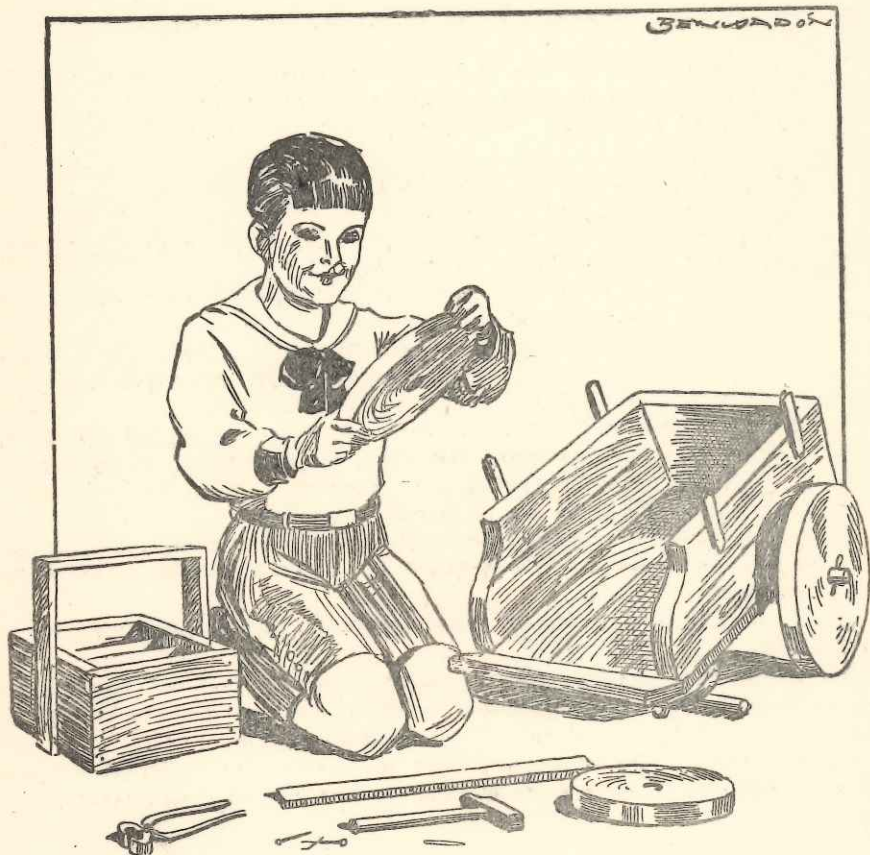
De todos modos, el viaje me había encantado y el oficio de mayoral era de mi gusto.

Quedé muy agradecido a abuelita por haberme encomendado aquel trabajo y, de tiempo en tiempo, ella misma me pedía que le amansara algunos caballos, que siempre eran sillas viejas. Yo le proponía, a veces, domar potros más bravos, como, por ejemplo, las sillas de la sala; pero ella aseguraba que primero debía ejercitarme con los menos ariscos.



LAS RUEDAS

POCOS juguetes me regalaron mis padres. Ellos querían que me los fabricara yo mismo, o que los buscara en la naturaleza. De esta manera, me acostumbré a valirme de la inteligencia y del trabajo para satisfacer mis gustos. Carritos, balanzas, muebles y otros variados objetos fabricados por mí, me divertían lo mismo que los que se venden en las



casas de comercio. Asimismo, los árboles, las plantas y los insectos me brindaban inacabables motivos de distracción. Tenía, también, una huerta del tamaño de la mesa del comedor, en la cual cultivaba diversas legumbres y algunas flores. Recuerdo que un día brindé una lechuga, repartiéndola a la hora del almuerzo a razón de una hoja por persona.

Los juguetes comprados eran a mis ojos hermosos y de adorno; pero sin alma y sin vida. Los habían fabricado pensando en otra cosa. Lo mío, lo hecho por mí, tenía mi vida transmitida con mi pensamiento, con mi esfuerzo, y, principalmente, con mi deseo de lo que debía ser.

La dificultad invencible la encontré en la fabricación de unas ruedas. Había construido un carrito para mi carnero, que me servía admirablemente de caballo; pero las ruedas no resultaban bien redondas y, además, eran débiles.

Mi padre esperó que agotara las tentativas para vencer aquella dificultad y, por fin, me hizo encargar las ruedas en una carpintería.

El carpintero debía estar distraído, porque no comprendía la importancia del asunto.

—Está bien; dentro de unos días estarán hechas — me dijo.

Yo suponía que él las haría en un momento, delante de mí, abandonando rápidamente los demás trabajos. Me quedé tan sorprendido que apenas podía hablar. ¿Cómo iba a vivir sin mi carro!...

El carpintero dejó en el banco la herramienta, puso su pesada mano sobre mi hombro, me miró sonriendo, y dijo:

—Así que tú necesitas las ruedas ahora mismo... ¡Claro! Es cosa urgente, de gran necesidad... ¡Claro! Sin las ruedas, no puede andar el carro... ¡Claro! Debí haberlo comprendido... ¡Claro!

Y siguió hablando largo rato, sin dejar de sonreír y de estrujarme el hombro. Pero yo no me quejaba del dolor, no me movía, no dejaba de mirarlo, y sonreía como él, esperando su decisión.

Al cabo, me las prometió para "pasado mañana".

Fueron dos días de ansiedad. Me acostaba y me levantaba pensando en mis ruedas. Menos mal — reflexionaba, — si no se olvida... si no le falta madera...

Desde temprano, esperaba la hora oportuna para presentarme en la carpintería.

El hombre fué puntual; me las entregó; pagué y salí con mis ruedas envueltas en un diario y apretadas contra mi corazón. Iba lleno de gozo. Las ruedas parecía que giraban y cantaban de alegría.

¡Qué hermoso y fuerte iba a quedar mi carro! ¡Qué contento se pondría mi carnerito al cinchar de un carro con ruedas tan perfectas!...

MIS MAESTROS

LA primera maestra que tuve fué una señora viejecita, que se llamaba misia Manuela. Su colegio quedaba enfrente de mi casa. Vestía de negro y nos hacía arrodillar y rezar un Padrenuestro al sonar cada hora. Pasábamos el tiempo en espera de las campanadas del reloj. Yo estaba plenamente convencido de que el rezar cada hora era lo único importante de la escuela.

En un bolsón interior de la falda guardaba la palmeta. A cada dos por tres, llamaba al alumno remiso, negligente o travieso y le aplicaba cierto número de golpes en la palma de la mano. Menos mal que, como sus fuerzas no eran muchas, sus golpes tenían más efecto moral que físico.

Acontecimiento sensacional en la vida de la escuela fué el siguiente:



Al entrar, una mañana, misia Manuela nos anunció que iríamos al cementerio. Vivamente sorprendidos, formamos en el patio los veinte o treinta alumnos. ¿Al cementerio?... Nadie podía dar la razón de aquella inesperada orden, sobre la cual la maestra no explicó absolutamente nada.

Llegamos al cementerio y, después de caminar por diferentes avenidas y senderos, nos detuvimos, en perfecta formación, y ella nos dijo:

—Esta es la tumba de mi mamá, que falleció hace cincuenta y ocho

años. Como hoy es el aniversario de su muerte, vamos a rezar por el descanso de su alma.

Aburridos y cansados, apoyados ya en un pie, ya en el otro, rezamos cuanto quisio. Por más que mirábamos, no veíamos más que una lápida de mármol ennegrecida por el tiempo; no comprendíamos nada de todo aquello, ni siquiera que una señora tan viejecita que podría ser abuela nuestra, hablara de su madre.

Luego distribuyó entre todos los niños una sobria merienda y emprendimos el regreso.

Aquella idea estrafularia casi provocó la ruina de la escuela.

Nuestros familiares quedaron muy disgustados de aquello. Varios alumnos fuímos inmediatamente retirados del colegio.

La segunda maestra iba a nuestra casa. Era la señorita Sara. Esta señorita, que conocía las horas por la luz del sol que entraba por la ventana, tomaba agua a pequeños sorbos durante la clase y nos decía que esto era muy saludable. A veces, si quedábamos solos en la casa, tocaba la guitarra y cantaba; finalmente, me ayudó en mi primer periódico.

Después vino a darnos clase un señor alto, flaco, de levita, de larga y puntiaguda barba blanca. Se llamaba don Cipriano. Había que estarse derecho y quieto como un palo y hacer verdaderos derroches de cortesía.

Cuando se retiraba, lo acompañábamos hasta la puerta de calle, donde se despedía ceremoniosamente, mientras nosotros ensayábamos reverencias y frases amables, a todo lo cual daba él importancia enorme. Pero lo cierto es que apenas podíamos disimular el gozo de que se fuera, y más de una vez, al volverse, para un último saludo, nos sorprendió saltando y corriendo. Al día siguiente, gran parte de la lección versaba sobre los alumnos que al irse el maestro corrían como los caballos en el campo.

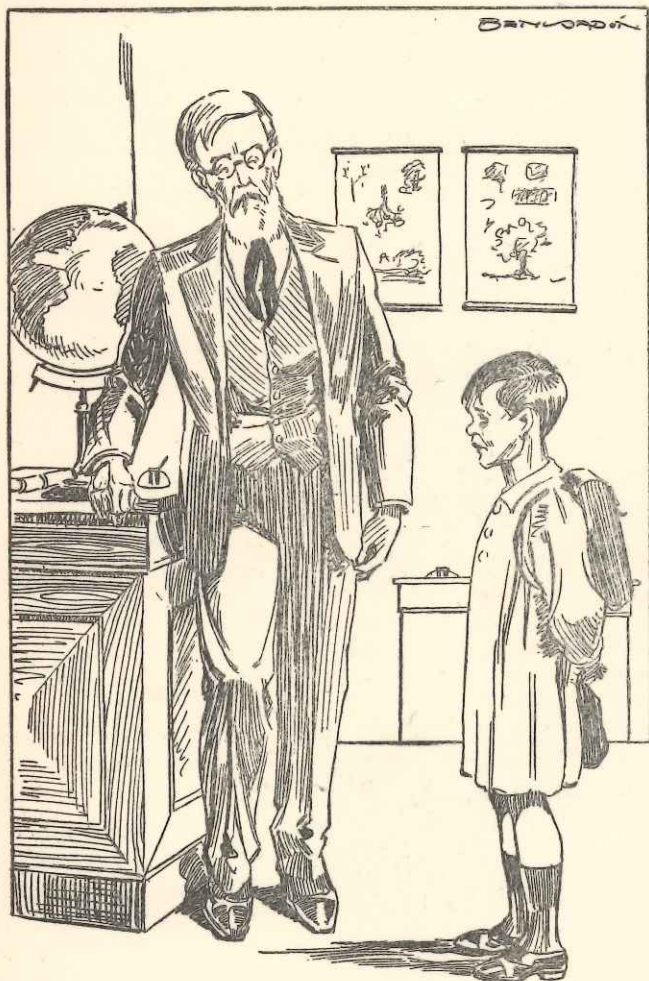
Aprendí con don Cipriano que los huesos de los dedos se llaman falanges, falanginas y falangetas. Estos nombres me dieron bastante trabajo y era lo primero que me preguntaba cada día.

Después fui a otros colegios.

El último a que asistí, dirigido por don Benjamín Sierra, era distinto de todos. La bondad, la rectitud y el método de enseñanza de don Benjamín me convirtieron en un alumno ejemplar.

DON BENJAMIN

DON Benjamín no necesitó dirigirme nunca la menor reprimenda. Su voz, sincera y honda, nos emocionaba a todos; su dolor ante la mala acción de alguno despertaba en nosotros el anhelo de ser buenos y de evitarle disgustos; sus lecciones nos encantaban, porque las comprendíamos y no fatigaban nunca.



El más severo castigo que infligió a un alumno fué por falta muy grave. Tuvo, sin embargo, la suficiente serenidad para esperar que terminaran las clases. Imposible olvidar aquella escena. Todos los alumnos de los diversos grados formaron en dos alas en un amplio salón. En un extremo apareció don Benjamín, pálido y tembloroso. En el fondo había un alto pupitre.

— ¡Sube! — exclamó, señalando con su brazo, que parecía una espada, al mal alumno. — ¡Sube a ese pupitre... porque es inútil ocultar tu falta, porque es imposible que el colegio siga un día más sin limpiar-

se de este horror y de tamaña vergüenza!... Si yo callo, la conciencia de todos estos niños me acusará como tu encubridor; la sociedad suponen-

drá que te empujo con mi tolerancia hacia la depravación y el crimen. Levanta la cabeza. ¡Mírame! Me has herido en el corazón. ¡No sabes que no ambiciono ni honores ni dinero, que doy cuanto puedo durante todo el día y que, como única recompensa, me basta saber que no saldrán malvados de mi escuela?... Es preciso, también, que todos te conozcan... ¡y que ninguno quiera parecerse a ti!... Yo no puedo hacer más que esto... Salvar a mis alumnos de tu mala compañía.

Su voz enronqueció más aún y en un postrer esfuerzo rugió:

—¡Vete! No te queremos más... ¡Ninguno desea ser tu compañero!... Procura convertirte en otra escuela a que asistas en un alumno parecido a los que quedan aquí.

Este final, la expulsión, era el supremo castigo. Don Benjamín no recurría casi nunca a él.

Se notaba que, después de ver el aire de petulante desafío del culpable, habíase decidido bruscamente por alejarlo de la escuela.

Los ojos de don Benjamín estaban enrojecidos, húmedos y brillaban de una manera extraña...

Todos los alumnos lo contemplábamos y lo veíamos enflaquecer y envejecer más en cada segundo. Todos nos sentíamos tristes y mejores que nunca.

No pocos se restregaban los ojos y las narices con el dorso de la mano. Don Benjamín nos dió la espalda... ¡Lloraba!...

Lloró un rato en medio de un silencio profundo, y sólo se volvió hacia nosotros cuando se serenó. Entonces dijo:

—Hijos míos..., ¡nada cuesta ser dignos de vuestros padres! Vengan mañana dispuestos a ayudarme. Yo quiero que todos ustedes sean buenos y laboriosos.



UN PERIODICO ORIGINAL

CUANDO yo tenía once años fundé mi primer periódico, con alguna ayuda de mis hermanitos y de la maestra, la señorita Sara. Era un periódico semanal, de cuatro páginas; cada página a tres columnas. Los tres ejemplares que componían cada edición representaban una cantidad fantástica, puesto que todo se hacía manuscrito. Títulos, rayas, suel-



tos y avisos reclamaban la febril actividad de la modesta "imprensa", cuyos únicos elementos consistían en la pluma y la tinta.

Un ejemplar quedaba en casa. Los otros dos eran para las abuelitas.

Realizaba el reparto el panadero, a quien esperábamos ansiosos los hermanos el día de la salida del periódico.

La tarea era tan terrible y la escasez de noticias tan notable, que, cuarta semana, el editor se declaró vencido.

A las dificultades propias de la empresa, se agregó una desgracia aporreadora: la pérdida de dos ejemplares antes de llegar a su destino. El panadero dijo que se "le habían volado" del carro...

Tal descuido me desconcertó por completo y me dejó sin ánimo para proseguir la empresa.

Comentamos los tres hermanos el suceso. Suponíamos nosotros que abuelitas estarían muy tristes al no recibir el periódico.

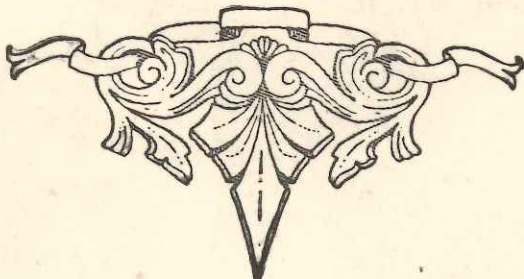
Para mí no cabía duda de que había vendido los ejemplares, guardándose el dinero. Recuerdo que le dije:

—Lo que es yo no le doy más periódicos, de eso puede estar seguro porque si quiero venderlos, los vendo y cobro yo, ¿comprende?

Esto era tratarlo de ladrón, según yo suponía; pero él me contestó:

—A mí me importa un pepino de esos papeles, ya lo sabes, y no te lo ninguno más, aunque me lo pidas de rodillas.

Yo supuse que lo echarían de la panadería; que no vendría más a nuestra casa; pero nada de esto sucedió; y tuvimos que tragarnos los hermanos aquella gran amargura.



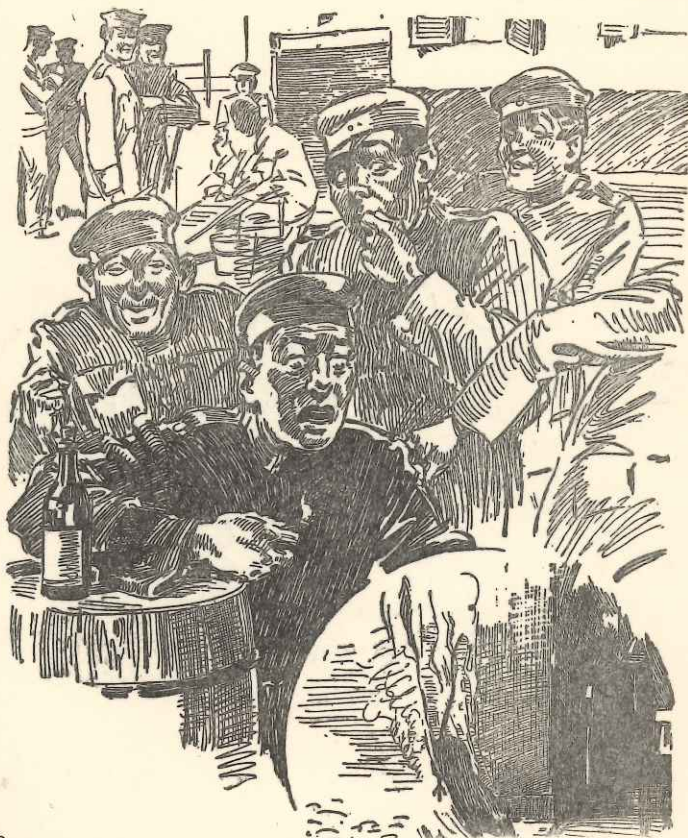
EL CUADRO QUE NUNCA PUDO HACER MANGOCHO

LA idea de este cuadro se metió en mi cabeza no sé cómo. No he podido descubrir de dónde vino. Lo cierto es que yo siempre tenía el propósito de pintar un cuadro en el cual se viese lo siguiente:

Gran número de soldados, con uniforme de fajina, se hallan entretenidos en diversos juegos en el patio del cuartel.

Aparece uno de ellos con una rata viva cazada en una trampa. Algunos compañeros la empapan con petróleo; otro, enciende una cerilla y la aproxima a la trampa; abren la puerta y la rata sale corriendo convertida en una llama azul.

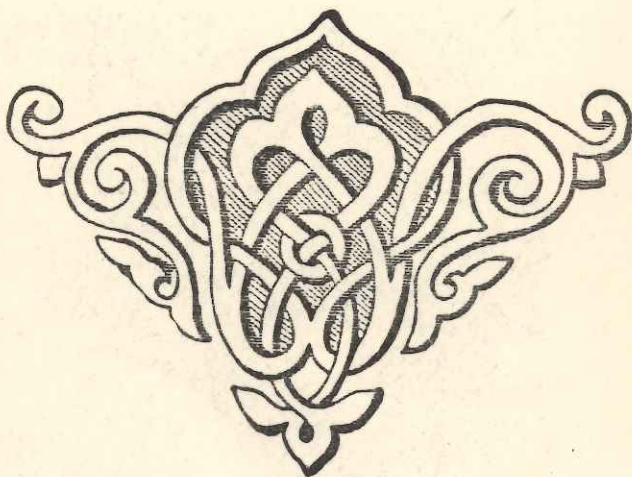
Los soldados ríen brutalmente; pero he aquí que la rata se dirige al polvorín. El polvorín está abierto. La catástrofe, la pavorosa explosión, es inminente... Los rostros de los soldados muestran toda la gama de las emociones, desde la risa hasta el espanto...



Chiquitito, ya andaba con mi cuadro en la cabeza. Pensaba las actitudes los colores y, principalmente, la diferencia de expresión de cada cara... Parecíame que poniendo en una tela todo lo que yo imaginaba, el efecto del conjunto sería espléndido. Sobre todo, muy emocionante. Los soldados tenían que mostrar en sus facciones y singularmente en los ojos la violenta transición del regocijo a la muerte, ya que al entrar la rata en el

polvorín volarían todos por el aire convertidos en añicos...

Era un gran cuadro, un emocionante cuadro...; pero ¿cómo pintarlo, si no he tenido jamás un pincel en la mano, ni sabría pintar medianamente una pared!...

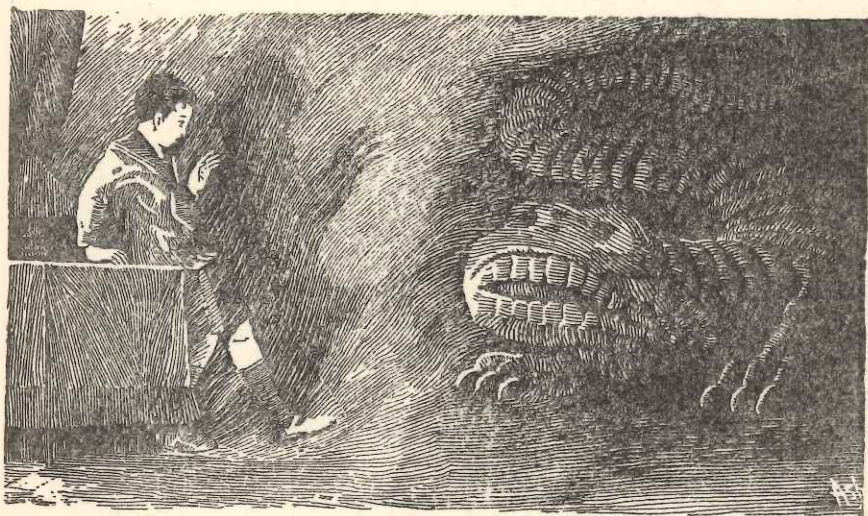


EL MIEDO A LA OBSCURIDAD

LOS adultos no comprenden los miedos, las angustias y las preocupaciones infantiles. Debieran recordarlo, puesto que fueron niños; pero han olvidado completamente aquellos estados de alma y juzgan las situaciones y los acontecimientos desde su exclusivo punto de vista.

Los niños, por ejemplo, experimentan con frecuencia miedo en la obscuridad. No es tan sencillo, como a primera vista se supone, comprender que con la falta de luz todo queda como antes. Convendría realizar en presencia del niño, en una habitación iluminada, la experiencia de apagar y encender varias veces la luz, comprobando que no se produce cambio en cuanto nos rodea. También puede enseñársele que si cerramos los ojos quedamos tan a oscuras como al suprimir la luz, sin que ni en uno ni en otro caso exista causa para que se modifique nuestro estado de ánimo.

La imaginación y el instinto desempeñan, sin duda, importante papel



en el terror que infunden las tinieblas a los pequeñitos. Ellos imaginan los más grandes peligros en lo invisible que los rodea, ya que en pocos segundos olvidan los objetos que percibían bajo la acción de la luz.

Cuando mi padre observó que la obscuridad me amedrentaba, se propuso corregir este temor sin causa, y lo consiguió bien pronto con varias experiencias.

La principal fué la siguiente: Estábamos sentados en un banco de la quinta, mientras oscurecía. Teniéndolo a él a mi lado, no sentía la menor preocupación. Ya noche cerrada, nos dirigimos hacia la casa; pero en el momento de entrar en las habitaciones, mi padre se detuvo, palpóse los

bolsillos, y exclamó:

—¡Olvidé mi pañuelo en el banco!...

Di tres pasos para ir a buscarlo; pero me detuve, y en otros tres lentos pasos volví a mi sitio, anheloso de que hubieran pasado inadvertidos mis movimientos...

El pañuelo estaba en el banco, y el banco, en el fondo de la arboleda... envuelta en la densa sombra...

El heroísmo que reclamaba la hazaña era superior a mis fuerzas. ¡Ya iría alguien, no yo, por el pañuelo!... Como si nada hubiese notado, agregé mi padre, con el tono más natural del mundo:

—Ve a buscarlo. Aquí te espero.

Lo miré unos segundos. Si él no se asustaba de que yo fuese hasta allá era porque no existiría ningún peligro; por otra parte, su orden era pre-



cisa y terminante; por consiguiente, debía ir, y al ir, no debía asustarme. Pero, lo cierto es que sentí un miedo tremendo al mirar hacia la obscuridad y oír los extraños ruidos que me pareció escuchar.

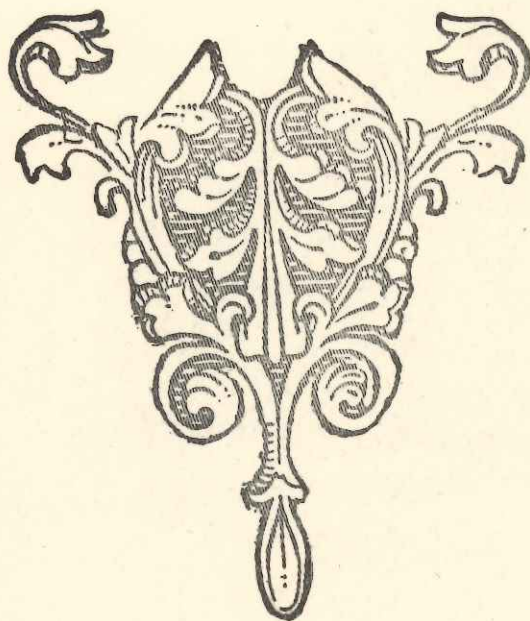
¡Partí!...

Ondulaba el suelo, se movían amenazantes los árboles; el corazón me golpeaba el pecho con ruido áspero y seco.

Llegué, tendí el brazo desde lejos, tomé el pañuelo y atravesé la sombra como una flecha para llegar adonde estaba mi padre.

La proeza me henchía de satisfacción.

Unas semanas después, me había familiarizado con la obscuridad y desafiaba sin temor sus misterios.



LOS CHANGADORES

UNA mudanza constituía un espectáculo entretenido en el camino de la escuela. Para comprender este interés es preciso saber que los changadores eran entonces verdaderos fenómenos de circo, por su resistencia y por su fuerza. Lo mismo empleaban los brazos, que la cabeza, la espalda y las piernas. Todo el cuerpo cinchaba y hasta crujían los huesos. Los changadores bramaban, gemían y resoplaban como verdaderos animales.

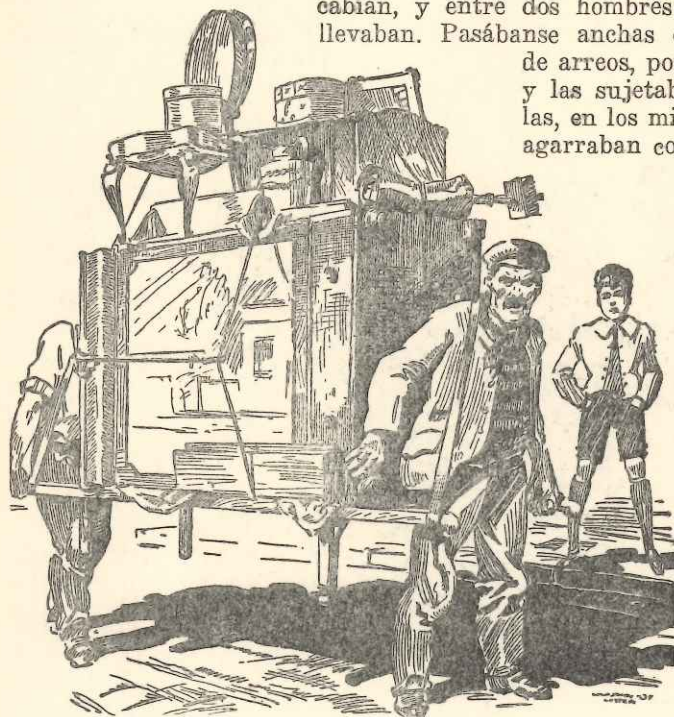
No se utilizaban carros para las mudanzas. Transportábanse los muebles de una a otra casa en una especie de catres llamados parihuelas. En ellas apilaban todos los muebles grandes y chicos que cabían, y entre dos hombres las levantaban y llevaban. Pasábanse anchas correas, a manera

de arreos, por detrás del cuello, y las sujetaban a las parihuelas, en los mismos extremos que agarraban con las manos. Cada cierto trecho, se detenían para descansar y, sudorosos, resoplaban.

Un changador de aquellos bajaba la escalera con un ropero al hombro. Entre dos levantaban un piano. Entre cuatro realizaban la mudanza total de cualquier casa de familia.

Eran más bien caballos amaestrados y, por eso, a las parihuelas

no les faltaba jamás el acompañamiento de una caterva de niños que seguían, admirados, a los fenómenos para contemplar sus proezas. Y los fenómenos sentían satisfacción en ser de tal manera contemplados. Unos a otros trataban de superarse, exponiéndose a reventar. Rivalizaban entre ellos como campeones de fuerza.



EN LA LIBRERÍA

EN la primera compra de un libro que hice personalmente, no me fué nada bien. Entré en la librería y al ver varias personas y tantos estantes llenos de volúmenes, me sentí como mareado. Me aproximé al vendedor y con dificultad, pues tenía la boca completamente seca, pedí una gramática.

Temí que se dudara de la seriedad de mi persona para comprar y pagar, y acompañé mi solicitud con un billete de diez pesos, que deposité en el mostrador. Fuése el comerciante en busca del volumen y yo lo seguí para que no olvidara que era yo el de los diez pesos.

Volvió con el libro, lo envolvió y me lo entregó.

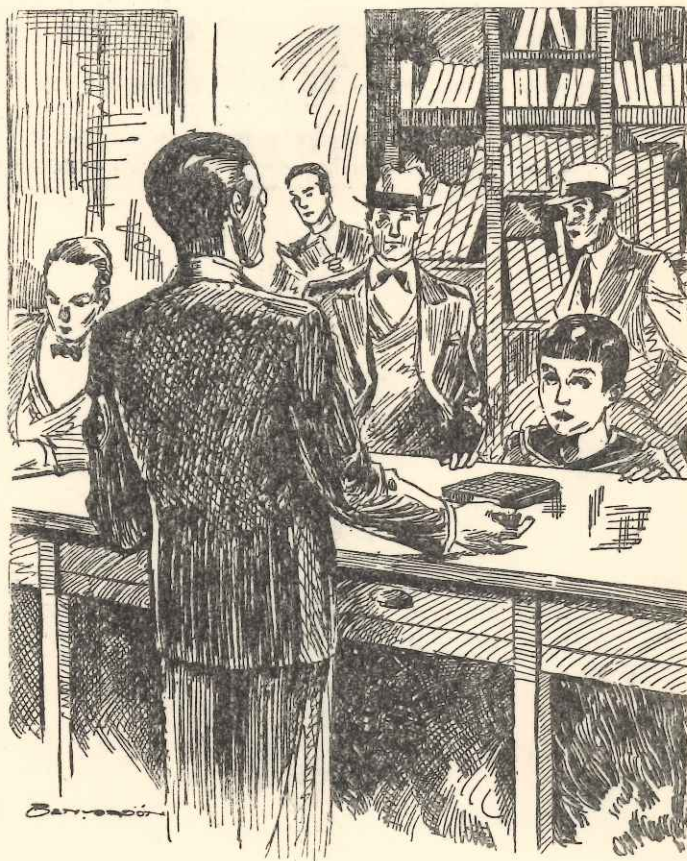
Yo tomé la gramática y esperaba el vuelto, cuando me sentí herido como por un rayo con estas palabras, acompañadas de gestos y ademanes harto expresivos.

—Son tres cincuenta.

—Y bueno... — contesté más muerto que vivo, porque ya preveía lo ocurrido. — Yo le di diez pesos...

—A mí no me diste nada — repuso el librero. — Estás confundido.

—Los puse aquí, aquí mismo, en este mostrador — agregué, mientras

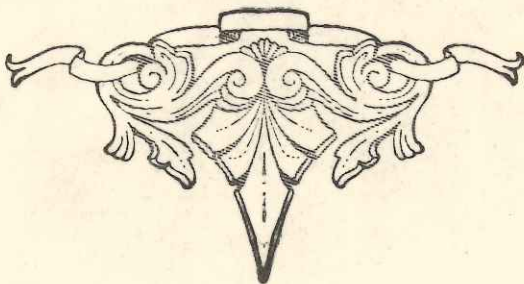


me sentía cada vez más mareado. Aquellos diez pesos me habían atormentado durante horas, optando al cabo por llevarlos dentro del puño y el puño metido en el bolsillo, y he aquí que al considerarme libre, por fin, de la responsabilidad y colocados a salvo de todo riesgo, desaparecían como por encantamiento.

El librero miró a todas las personas que estaban por allí e hizo un gesto incomprensible.

En el colmo de la pena y del bochorno, realicé un esfuerzo sobrehumano para decir:

—¡Bueno!... Volveré con otra plata — y salí de la librería sin el libro, sin los diez pesos, y con las orejas ardiendo como fuego.



LA LAGUNA

MI familia fué a pasar unos días en la estancia de don Ignacio. Nada me divertía y nada me interesaba más que un petizo negro, cabezudo, peludo, mitad perro y mitad caballo, que andaba suelto alrededor de las casas.

Yo no decía que quería andar en él; eso era cosa que todos debían saber; pero me pasaba horas contemplándolo como si fuese lo más lindo y deseable de la estancia entera.



El petizo me miraba muchas veces frente a frente, y yo supuse que esperaba que lo montara y que sentía un gran cariño por mí.

Un peón intercedió para que se me permitiera pasear en él, después de algunos ensayos. Yo era ya algo jinete y, además, la mansedumbre de aquel bicho peludo excedía a toda ponderación. Baste decir que cuando lo montaba algún niño no salía jamás del paso, así llovieran palos, ni iba en sus paseos más allá de unas cuabras. Al llegar a cierto sitio, daba

vuelta por su sola voluntad y ya no valían riendas. Seguía la marcha hasta llegar a la casa. En este petizo, con más cola y cabeza que otra cosa, emprendí mi paseo, solo, a la hora de la siesta, y, por supuesto, al paso. Apenas había andado un poco cuando divisé una laguna. Con el sol y el calor del mediodía, la lagunita me pareció lo mejor del campo.

“Este quiere — me decía yo — tomar agua. ¡Quiere también bañarse!... ¡ Con este calor, tiene sed!... Le daremos agua, y que se bañe. Es un petizo muy bueno y vamos a pasear todos los días.”

El petizo debía pensar lo mismo, pues iba derecho a la laguna.

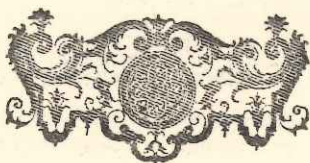
El caballito llegó a la orilla del agua, siguió andando y cuando quise tirar de las riendas, estaba yo mojado hasta las rodillas. El susto fué muy grande. Pero el petizo, cuando ya me creía perdido, dió vuelta y salió a tierra firme.

Comenzó entonces a dar el petizo resoplidos, lo que me fastidió mucho.

—Cállate — le decía yo, tomando aquellos resoplidos como un aviso que daba a las personas de lo que había ocurrido; y más me confirmé en esta opinión, cuando, al mirar hacia la casa, noté que venía gente a buscarnos.

¿Cómo iba yo a adivinar que aquello era tan hondo, si el petizo, nacido y criado allí, no lo sabía?

Y no me conformaba de que hubiera sido tan malo el petizo conmigo para meterme en el agua, asustarme después, y llamar a la gente, cuando todo hubiera podido quedar en secreto entre él y yo.



EL TORDO

UNA mañanita de diciembre apareció el jardinero con el puño cerrado, diciéndome:

—Si adivinas lo que tengo en esta mano, te lo regalo.

—¡Un pajarito! — grité.

—¡Tómalo! — exclamó sorprendido. — ¡Cómo lo adivinaste?...

¡Qué gracia! Lo adiviné porque era lo más lindo que podía él regalarme. No era, propiamente, un pajarito, como yo imaginaba... Era un bichito



colorado, sin plumas, que parecía hambriento, con el pico desmesuradamente abierto, tan abierto, que casi no se veía de él más que el gáznate.

Era un polluelo de tordo, encontrado en un nido de chingolos. Es sabido que los tordos no fabrican nido. Aprovecha la momentánea ausencia de otros pájaros, para posesionarse del nido; se echa en él, pone un huevo y en seguida

desaparece, sin preocuparse de la suerte de sus hijos.

Contrasta, singularmente, la torpeza y haraganería del tordo, con el ingenio y laboriosidad de los demás pájaros. Su proceder es más propio de ciertos insectos, pues entre los pájaros es admirable la prolijidad con que, aun los más pequeños, preparan la cuna para sus hijitos. Tal defecto significa, asimismo, una absoluta falta de ternura hacia su descendencia.

El jardinero había dejado el nido tal como estaba, limitándose a retirar

al intruso, de manera que, después de escuchar la explicación, me pareció que era lo más lógico y justo eximir a los buenos chingolos de la crianza del chiquitín abandonado por sus padres.

Púseme inmediatamente a la tarea. Hícele un nido, le di algunos alimentos, principalmente larvas de ciertos insectos.

Era un tragón insaciable.

Durante dos semanas, casi no hice más que cuidarlo. Crecía. Desde lejos me distinguía y piaba.

Completó su plumaje, se convirtió en un verdadero pájaro y se acostumbró a andar fuera de la jaula.

Cuando tuvo las alas completas, comenzó a volar.

Se subía a un árbol, tomaba sol y volvía siempre a posarse en mis hombros o en mi mano.

Después de un tiempo, ya no temía perderlo, aunque se fuera más lejos. Volvía, me buscaba y se posaba en mí; si yo le presentaba el índice, ceñía a él sus duras patitas, y esperaba el alimento. Aquella fidelidad me compensaba con creces de los trabajos pasados para criarlo.

Si me ausentaba de mi casa, le dejaba su jaula con la puerta abierta para que entrara a dormir.

Pero una vez demoré mi regreso más que de costumbre... Cuando fui a cerrar la jaula... comprendí que había ocurrido una desgracia... ¡Un gato había devorado a mi querido tordo!

¡Sólo me quedaban algunas plumas y las alas, como único recuerdo de aquella dulce amistad que no podré olvidar nunca!



EL CIRCO

UN niño amigo me dijo:

—¿A que no sabes que se está formando un circo en la esquina de Barriga?

La noticia era sensacional. Fuimos al terreno baldío, lindero con el almacén de Barriga. La tapia de ladrillo no nos permitía ver nada. La vieja y carcomida puerta estaba cerrada. Dimos algunos golpes y alguien

nos gritó:

—¡No se puede!...
¡La primera función es el domingo!

Trepamos a la tapia y vimos a tres muchachos semidesnudos clavando unos palos en el suelo con los que sujetaban grandes arpilleras a modo de biombo. Al distinguirnos, nos obligaron con terribles amenazas a retirarnos, y al notar que nos disponíamos a obedecer, nos gritó uno:

—¡El domingo a las tres!

—¡Vengan, que vale la pena! — gritó otro.

—¡La entrada se paga! — vociferó el tercero, temeroso de que nos considerásemos invitados.

No había otro remedio: cuatro días de preocupación y de ansiedad. Debíamos limitarnos a pasar por el

circo y a permanecer largo rato junto a la tapia. Escuchando desde la vereda las voces y los golpes, tratábamos de adivinar lo que hacían allí dentro.

Ya nadie se atrevía a trepar a la tapia, pues las amenazas de los pruebistas aumentaban al aproximarse el día del estreno.

El viernes ya no saludaban a nadie, no hablaban con ningún niño del



barrio. Se retiraban del circo con un aire misterioso que nos dejaba llenos de curiosidad.

El sábado uno de los pruebistas pretendió prohibirnos que estuviéramos en la vereda. ¡Era ya demasiado!

—¡La vereda es de todos! — exclamamos.

Otro, agregó:

—¡En to-dos los cir-cos puede pa-rarse la gente en la vereda!

No era cuestión de razones, sino de pescozones. El pruebista nos miró a todos, uno por uno. Comprobó que éramos muchos para él y con tono más conciliador — aunque sabe Dios lo que hubiera pasado si se resuelve por los hechos — dijo:

—Quédense por esta vez. Pero mañana, hay que traer plata... ¡ya saben!... Y el que no tenga plata, ¡no entra!

Estas últimas palabras sonaron como una bofetada, pues había allí más de tres y más de cuatro sin un centavo.

Algunos contestaron con enojo. En seguida nos desparramamos, mientras cada cual estudiaba las posibilidades de conseguir dinero para pagarse la entrada.

El domingo, una hora antes de la función, comenzaron los ruidos que hacían las veces de música. Primero, eran los sonos de un bronce suspendido en el aire, un pedazo de campana, conseguido quién sabe dónde; luego, una serie de golpes en una lata. A las tres comenzó la función. Los artistas eran tres; ocho, en total, los espectadores. El que hacía de empresario había guardado las monedas y cada cual exhibía el papelucho de la entrada. El primer número fueron saltos mortales; el segundo número, trabajos en la barra fija; el tercero, los mismos pruebistas, tras un intervalo, aparecieron convertidos en payasos y procuraron imitar a los verdaderos.

Hubo algunas protestas por parte del público. Casi todos los espectadores rompieron las entradas y arrojaron los pedazos al suelo.

Los artistas se ocultaron un momento, detrás de las lonas, y volvieron a presentarse en camiseta. Se repitió el primer número.

Fueron tales y tan violentos los saltos mortales que parecía que iban a romperse los huesos. Pero los que formábamos el público no estábamos conformes, y empezamos a silbar todos cada vez con más fuerza.

Entonces, dieron tres golpes en la lata de kerosén para avisar que la función había concluido.

Los pruebistas aparecieron armados de unos palos y nos comunicaron que la función había terminado y que nos fuéramos.

Paso a paso, los espectadores abandonaron el local. En cuanto salió el último, la puerta se cerró con tanta fuerza que si pega contra él con seguridad lo mata.

LOS JUEGOS

DESCONOCIAMOS el fútbol; pero nuestros juegos satisfacían plenamente las necesidades del desarrollo.

Aparte de la marcha al paso, la carrera y los saltos, teníamos el trompo, la bolita, la cometa, el balero, la mancha y la rayuela, como juegos principales.

Los movimientos y flexiones en estos ejercicios estaban admirablemente



combinados para mantener la salud. Al mismo tiempo, los juegos exigían el empleo y el perfeccionamiento de los sentidos y de las facultades mentales. La observación y la memoria, el ingenio, la habilidad y la rapidez de concepción se desenvolvían en mayor grado en los juegos que en las

escuelas de aquel tiempo, muy distintas, por cierto, de las de hoy.

Lo que más me gustaba de los juegos era la regularidad con que se sucedían en cada tiempo del año. Esta regularidad se mantuvo siempre con absoluta exactitud. No se jugaba en cualquier mes a cualquier juego. "Venía", sin que se supiera cómo, el tiempo del balero, el de la bolita después; luego, el del trompo; más tarde, el de las cometas, que coincidía con la primavera, y así los demás juegos, que eran muchos. Esta sucesión de las distracciones infantiles, parecía determinada por el instinto, como las costumbres de los insectos.

"Venía" el tiempo del trompo, y todos los niños aparecían con sus trompos; no se jugaba a otra cosa en mi barrio y en todos los barrios.

¿Quién anunciaba el cambio? ¿Cómo, los muchachitos, tan rebeldes a la uniformidad, se sometían dócilmente a la misteriosa consigna? ¿Quién ordenaba metódica y sabiamente la sucesión de los juegos?

Es fácil explicarlo, limitándose a la cometa o barrilete, porque los remontábamos en la estación en que predominan vientos más veloces; pero, los demás juegos, también cambiaban como las estaciones; cada cual tenía su temporada y luego desaparecía, sin que nadie supiera quién era el niño que empezaba, ni quién daba la orden de suspenderlo.



EL PAN CRIOLLO

LO cierto fué que debía regresar solo desde la casa de una familia amiga mía.

Eran las ocho de la noche y disponía de una monedita para ir en el tranvía.

Comencé a caminar, y grave duda ocupó mi pensamiento. ¿Tomar el tranvía o ir a pie y comprarme un pan criollo?... Mientras reflexionaba, continuaba la marcha.

En aquel momento había para mí en el mundo dos cosas: el hambre y la distancia. Y en las dos pensaba sin dejar de caminar.

Subiendo al tranvía llegaría más pronto a mi casa, y comería. Si iba a pie también comería, y algo muy rico y difícil de encontrar: un pan criollo.

Pasó un tranvía.

Caminaba y pensaba que no había en el mundo ningún manjar más delicioso, sabroso y apetecible que el pan criollo.

No lo encontraría en mi casa, donde estaba prohibido, porque "los panaderos lo amasaban con los pies". ¿Sería verdad que lo amasaban con los pies?... Así se decía, al menos.

Pasó otro tranvía.



Bostezaba de hambre; no encontraba panadería ni almacén. Mi mano derecha oprimía la monedita en el bolsillo del saco.

El pan criollo se tornaba por momentos más apetitoso; su blandura llenaba mi boca, sus tostados relieves crujían entre mis dientes. Estaba ya decidido: iría a pie y comería un pan criollo. Si perdía esta ocasión quién sabe cuándo volvería a presentarse.

Me detuve ante un mal alumbrado boliche de almacén. Mi cuerpo entero gritaba: ¡Quiero el pan criollo!

Entré, puse mi monedita sobre el mugriento mostrador y dije emocionado:

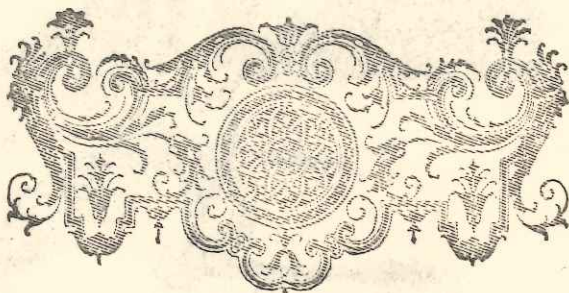
—¡Un pan criollo!

Alguien me entregó una cosa envuelta en papel de estraza.

La metí en el bolsillo y recomencé la marcha.

Sin sacarla de allí, retiré y arrojé el papel. Con los dedos aprecié el tamaño y me prometí comerlo todo, a razón de un pedazo chico por cada cuadra que anduviese. Al final de la cuadra, saqué un pedazo. La boca se me hacía agua. Me pareció todavía más rico de lo que suponía.

Al terminar cada cuadra, comía otro pedacito. Y así seguí la marcha hasta llegar a mi casa sin cansarme.



EL ÑATO

GORDINFLON, corpulento y con un rónico vozarrón que parecía venir como por un túnel hasta aquella enorme boca de dientes grandes y salientes; con las rodillas al aire, siempre marcadas con rasguños y cicatrices de todos colores: tal era "El Ñato", famoso repartidor de bofetadas y de palabrotas.

Solía acercarse al grupo que jugaba al trompo; observaba, tosía, y de improviso lanzaba su trompo para dar un puntazo al que elegía. Pegárale o no, dejaba el suyo y se apoderaba del mejor. No valían reclamaciones. Despojaba despiadadamente a los más chicos de monedas, bolitas, caramelos y cuanta cosa tenían. Todos los niños del barrio le odiaban, le temían y evitaban encontrarse con él.

Yo lo esquivaba con exceso, acaso, y esto bastó para que me persiguiera, decidido a pelear conmigo, o, mejor dicho, a propinarme una paliza, pues era imposible para mí vencerlo, ya que la diferencia de talla era notable.

Al salir, miraba yo a todo lo largo de la calle. ¿No estaba El Ñato? Salía. ¿Estaba El Ñato? Esperaba. Lo mismo hacía en cada esquina. ¿No estaba El Ñato? ¡Adelante! ¿Estaba El Ñato? ¡Atrás!

Idénticos cuidados mostraban los demás chicos del barrio.

Era una situación que me mortificaba, pero que no podía evitar. Era una cobar-
día que me angustiaba horriblemente.

Siempre la misma idea
¿Estaba El Ñato? ¡Atrás!
¿No estaba El Ñato? ¡Adelante! Aquella situación me volvía loco.

Una tardecita, salí, después de la acostumbrada precaución, y al pasar ante una fotografía me atrajeron unos retratos.

Estuve un rato mirándolos.

Al retirarme, al pisar la acera, miré hacia la esquina y... allí estaba El Ñato, que me pa-



reció el demonio. Me esperaba sonriente, mostrando los colmillos... Aquella aparición tan brusca y tan temida me heló en el sitio. Reaccioné casi inmediatamente y pensé esconderme en la fotografía; pero no me decidí. Pensé correr hacia mi casa, que estaba cerca: imaginé que El Ñato me alcanzaría de un salto... Entonces elegí la única solución que me pareció aceptable: seguir al paso en dirección contraria a mi casa; quizá El Ñato, al verme tan valiente, no se atreviera a provocarme. Estuve quieto un momento como diciendo: "¡Eh!... ¡No ves que estoy aquí?...".

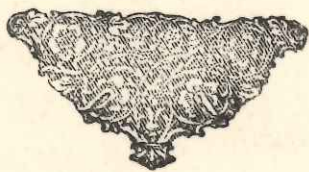
Volví a mirarlo de reojo, y entonces, alzando un brazo, me gritó:
—¡Chééé!... ¡Espérame!...

Al oír esto eché a correr con ligereza extraordinaria. Zumbaba el viento en mis orejas, como si de pronto hubiera venido un huracán, y lo aspiraba con violentas bocanadas, mientras corría como un tren, sin ver más que espacio libre por delante y sintiendo los terribles puños y colmillos de El Ñato que me alcanzaban...

Tuve la suerte de encontrar abierta la puerta de mi casa y entré como una bala hasta el mismo fondo.

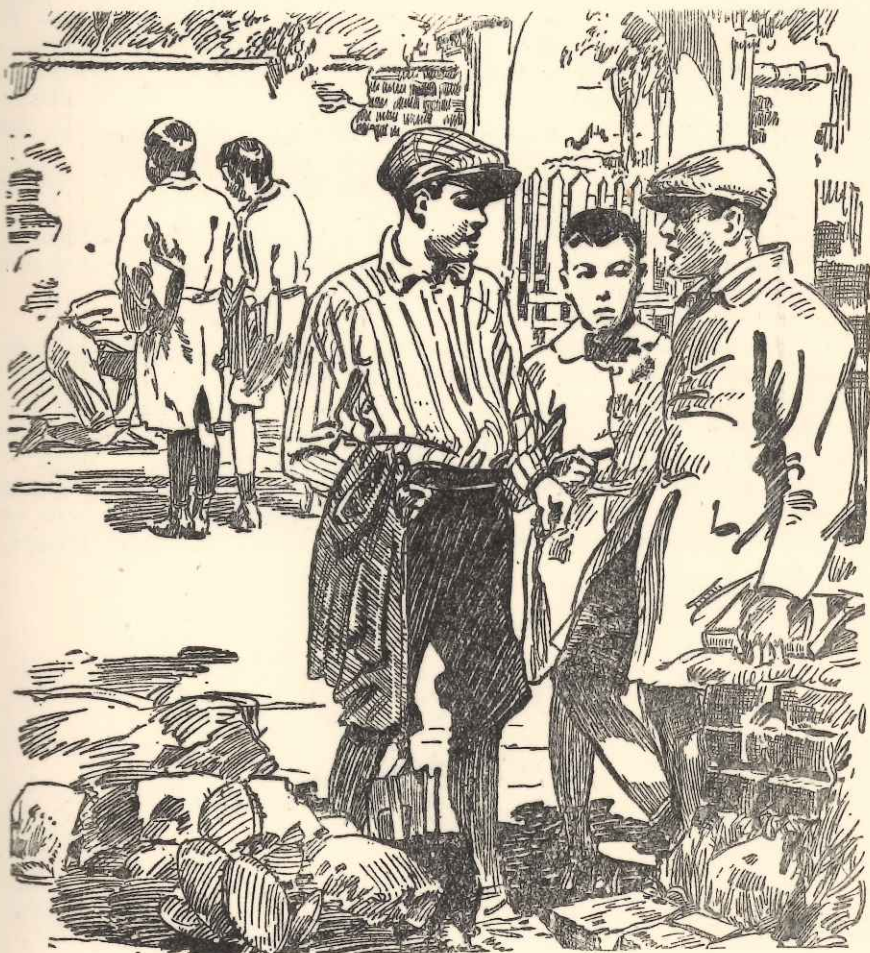
¡Qué fatiga y qué julepe!...

Lo más curioso de tan triste aventura es que nunca más vi a El Ñato. Probablemente al otro día de la famosa carrera se mudó su familia a otro barrio. Pero hubo algo más curioso: El Ñato ni siquiera había dado un paso. Todo fué obra del miedo. Lo supe por un amigo que había sido testigo, quien también me aseguró que en mi carrera había sido tan veloz que a él le parecía que volaba.



LA REVISION

EN una de las escuelas a que concurrí existía la costumbre de "La Revisión". Antes de entrar en clase, los maestros nos revisaban las ropas para extraer y confiscar los objetos no permitidos. Como era tan severa la prohibición, dichos objetos poseían un valor muy grande en clase, aunque fuera de allí no se les hiciera caso.



El cortaplumas que escapaba al registro se convertía en un tesoro; pasaba de alumno a alumno; todas las manos lo solaban y abrían sus

pequeñas hojas de acero dentro de los pupitres. Una cerilla o un clavo eran mostrados misteriosamente. Un pedacito de carbón equivalía a un diamante. El carbón podía ser usado para dibujar en las paredes durante el recreo, cosa bien mala por cierto. Era continuo el trajín de la permuta de objetos.

Antes de entrar en la escuela, se deliberaba. Algunos disponían de hábiles escondites en sus ropas y ocultaban allí lo propio y lo ajeno... Lo que no pasaba de contrabando, era dejado en numerosos y diminutos escondites descubiertos o fabricados en las paredes y aceras inmediatas. Nadie hubiera sospechado todo lo que se guardaba en algunos agujeritos apenas perceptibles.

Bien es verdad que la mayor parte de la mercadería oculta no valdría cinco centavos.

Los propietarios de escondites cobraban alquiler en alguna forma. El almacenaje de un cortaplumas, por ejemplo, daba derecho al propietario para decirle en cualquier momento al dueño:

—¡Préstame el cortaplumas!...

El pago no consistía tanto en prestárselo, como en aguantar el tono con que lo pedía. Cualquiera comprendía la cosa. Si el dueño del cortaplumas, al entregarlo, no lo hacía con humildad o preguntaba qué uso se haría del cortaplumas, el trato quedaba roto. El dueño del agujerito no permitía el menor olvido sobre el favor que había hecho.

Había que buscar otro patrón de escondite o descubrir alguno: ambos problemas difíciles. La mayor parte de los que escondían alguna cosa en cueva ajena quedaban sometidos al duro trato del soberbio propietario.



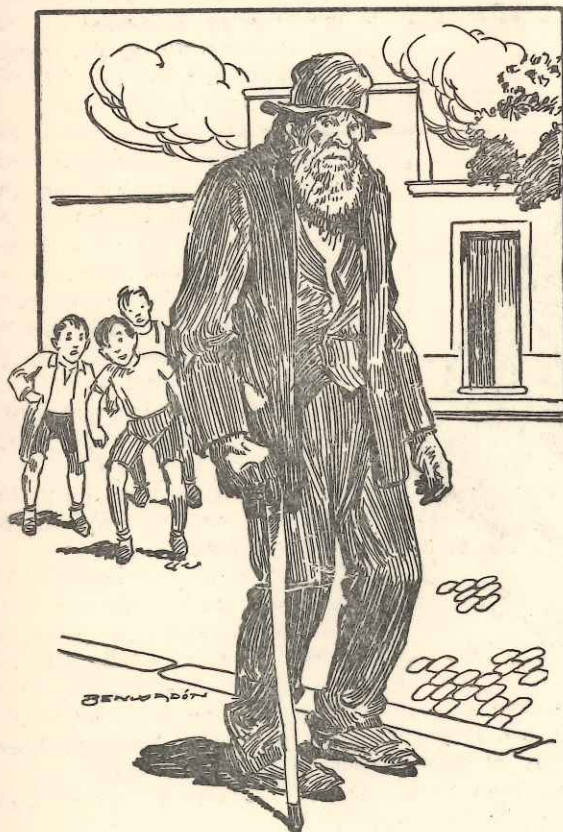
TIPOS INOLVIDABLES

Ciertos originales personajes impresionaban mi mente infantil. Yo admiraba a unos; sentía simpatía o menosprecio por otros.

No entiende el niño de términos medios. Lo que menos perdona es la ridiculez. "Pisahuevos", por ejemplo, era un viejo mendigo, holgazán empedernido, que caminaba de una manera estrafalaria. En la más lisa vereda, marchaba como sobre huevos de gallina, temeroso de aplas-

tarlos y aplastándolos por fuerza. El grito ¡"Pisahuevos"!... lo acompañaba irremisiblemente cuadra tras cuadra, barrio tras barrio, renovándose sin cesar los despiadados burlones. "Pisahuevos", acostumbrado a aquella mofa brutal, continuaba su camino, haciendo piruetas. No se le hostilizaba en otra forma, en vista de su notoria mansedumbre.

"Palo Rallado" era una negra borracha. Ningún niño dejaba de gritarle su sobrenombre. Pero "Palo Rallado" se plantaba en mitad de la calzada, recogía la pollera en actitud belicosa y vociferaba en imponentes voces tales palabrotas, insultos y desafíos que los niños huían, temerosos de aparecer culpables de provocar ta-



maño escándalo.

El grotesco "Sapatucho" atravesaba sin la menor inquietud los grupos infantiles. Su alto esqueleto habíase doblado como un arco y parecía inminente que diese con la cabeza contra el suelo. A los ochenta años, flaco, feo, huraño, pasaba todavía con su azadón al hombro, gastada y brillante

como plata la hoja de acero, lustroso y adelgazado por el uso el palo. "Sapatucho" era un trabajador a jornal de la tierra. Al aproximarse él, los niños callaban y suspendían sus juegos, como si rindieran un homenaje al héroe humilde.

La "Tía Manuela" era una negra africana, casi centenaria, que iba a mi casa en su condición de antigua cocinera. Tenía un cuento único, y con ligeras variantes lo repetía cuantas veces se quisiera. Este cuento no me aburría nunca, y era así:

"Yo estaba en la orilla del mar con otros muchos negritos. Saltábamos y jugábamos con las olas. Un grupo de hombres blancos salió de atrás de los árboles; formaron filas, nos rodearon y, uno a uno, nos fueron echando en un bote. El bote fué hasta el vapor, y en el vapor nos trajeron acá a todos", concluía.

No recordaba absolutamente nada más, ni de su viaje, ni de su familia, ni de su país.

La pipa en su boca humeaba lentamente como un débil fuego que se va apagando.

El imponente y respetable "Curinga" era algo así como un bastón de ébano con el puño de algodón, pues su cabello era del todo blanco. Aseguraban que

"Curinga" tenía cien años de edad. Lo cierto es que caminaba ágilmente de día y de noche. Llevaba con igual gallardía un clarín y una pequeña bolsa colgada al hombro llena de avisos para repartir en la calle.

Al llegar a cada esquina, sonaba militarmente su clarín, lo rodeaban los transeúntes y repartía prospectos comerciales.

Algún anciano se acercaba y le estrechaba con cariño la mano.

A los niños les acariciaba "Curinga" la cabeza y les daba los avisos que le pedían.

Gallardía y gracia desbordaban de aquel hermoso negro.

Ante las damas, sin excepción, y ante los hombres conocidos, se descubría y saludaba como un profesor popular de gentileza y de donaire.



EL NEGRO LORENZO

ESTE negro era el cochero de mi casa. No poseía más que una particularidad: su pasión por "Martín Fierro".

Adelantándose a los hombres cultos de su tiempo, cuando la gente ilustrada no había leído aún el inmortal libro de Hernández, el negro Lorenzo, cochero y analfabeto, guardaba envuelto en diez hojas de papel de diario, como una santa reliquia, un ejemplar de "Martín Fierro".



Tenía mujer, ponía amor propio en su oficio; era honesto y bondadoso; pero aquel libro constituía su amor, su alegría y la pasión de su vida.

El pobre cochero no sabía leer, y tampoco, Encarnación, su dulce mujercita, casi blanca. Fui su lector durante años, y a él debo haber gustado tempranamente las bellezas de la obra.

—Ya no aprendimos y ya no aprenderemos a leer — decía Lorenzo. — Eso es muy lindo que se lo enseñen a uno cuando chico.

También solía decirme:

—¡Qué buenos son los maestros! Si se les fuera a pagar con dinero el favor que hacen a los niños, no habría plata que alcanzara.

Para conquistar mi voluntad y retenerme algún tiempo en la lectura, el negro Lorenzo era capaz de todos los sacrificios. Me servía y me mimaba — ¡pobrecito! — con tal de poder escuchar mi lectura. Toda página, toda hora le parecían excelentes. Me daba el libro cerrado. Si yo observaba, al abrirlo, que era la misma página leída la víspera, exclamaba:

—¡No importa, niño, es igual! ¡Todo es tan lindo!...

Leía estrofa por estrofa. Al terminar cada una callaba, y el negro Lorenzo hacía la explicación y el comentario.

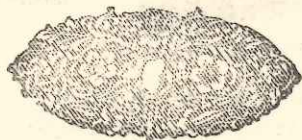
Yo era demasiado chico para apreciar sus opiniones; pero puedo afirmar que decía cosas muy interesantes sobre los versos tan lindos del gran autor argentino.

Encarnación, contagiada, permanecía en su silla siempre callada.

Deshecho mi hogar, instalado Lorenzo y su mujer en una casita solitaria, continué visitándolos religiosamente todos los jueves por la tarde. Pocos minutos después de mi llegada, instalado en la mejor silla de la humilde vivienda, tenía ya el libro en mis manos y comenzaba la lectura.

Y así lo hice durante bastante tiempo, hasta que al llegar un jueves a cumplir este sagrado deber supe que el humilde analfabeto que fué uno de los primeros en valorar a “Martín Fierro” había muerto. Y murió loco, loco, según oí decir, porque era “demasiada su inteligencia para un negro”.

Después han elogiado mucho a “Martín Fierro”; pero ninguno, quizás, amó la obra de Hernández con más ternura; ninguno, fuera del propio autor, vivió la honda emoción de cada una de sus frases, como aquel pobre negro que consideraba este libro como el mejor tesoro.



UNA FAENA INESPERADA

SALDREMOS más tarde. Ahora, pónganse algún traje viejo, y vengan — dijo nuestro padre.

Los tres hermanos recibimos complacidos la orden. Aunque era domingo y había un lindo paseo en perspectiva, lo inesperado del cambio nos hizo suponer alguna cosa nueva. Nada es más grato al niño que las variaciones y sorpresas.

Cuando volvimos, nos aguardaba nuestro padre en el gran patio.

— ¡Ven aquellas escobas? — nos preguntó.

Las miramos. Eran tres escobas casi nuevas, apoyadas en fila en la pared.

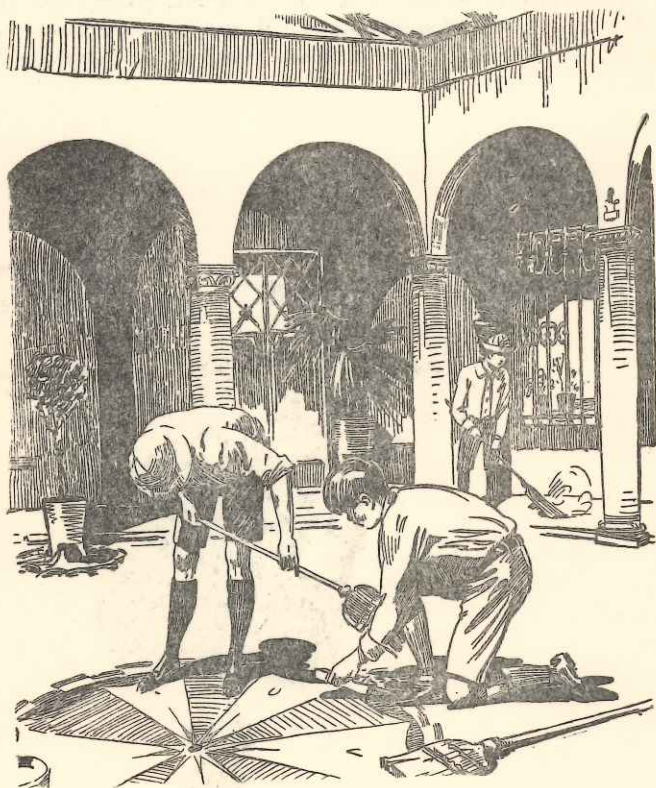
— ¡Tienen que barrer el patio!... — agregó nuestro padre. — Es necesario saber hacer de todo en la vida. ¿Quién es capaz de decir los trabajos que el porvenir reserva a cada uno?...

La verdad es que nunca habíamos agarrado una escoba. El ama de llaves intervino con algunas indicaciones. El patio, que era inmenso, nos parecía cada vez

más grande, a medida que lo recorriamos con la escoba.

— ¡Déjelos! — exclamó después de un rato nuestro padre. — Ya lo harán bien, y si no, lo harán de nuevo tantas veces como sea necesario.

Sonreímos los tres, al advertir la intención que había en tales palabras. Había que fijarse bien en dejar cada losa de mármol completamente limpia. Las indicaciones del ama dieron resultado. Nuestro padre volvió varias veces para mirar nuestro trabajo.



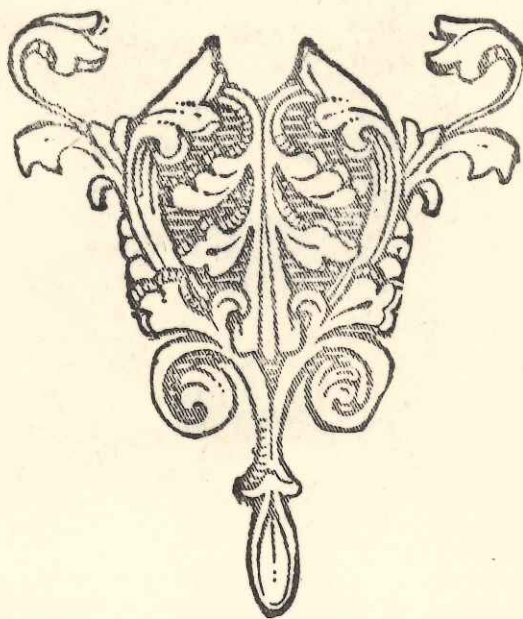
Al cabo quedó el patio como un espejo de limpio y de bien barrido. Por lo menos, así nos pareció a nosotros tres.

Sentimos el placer de la obra terminada.

Aprendimos una lección que dura como la vida y que para siempre es útil.

No sabíamos antes que éramos capaces de barrer. Tampoco sabíamos el valor de esta tarea, y que ella reclama prolijidad, paciencia y orden.

No hay tareas despreciables; el verdadero hombre puede afrontarlas todas, si es necesario, y en todas ellas hallar satisfacción.



LA CAZA DE PAJARITOS

ME había dormido con la idea de ir temprano a las afueras de la ciudad para ver cómo cazaban pajaritos. Cuando los cazadores, al pasar, llamaron en mi casa era todavía de noche. Me vestí rápidamente y emprendimos la marcha.

Los cazadores eran Bartolo y Bautista, alumnos de sexto grado, y Julián, de cuarto. Traían una red, dos jaulas con mixtos cantores y una jaula grande vacía.

En seguida nos pusimos todos en marcha. La frescura del aire daba vigor y alegría. A nuestro frente, el horizonte, estaba rojo. Bautista, señalándolo, nos dijo:

—¿Ven? Por allí es por donde va a salir el Sol.

Cuando llegamos al campo elegido para la caza, ya era día claro.

Bartolo armó la red, levantándola con un palito. A este palito ató un largo hilo y probó varias veces que, al tirar el hilo, la red caía; luego, echó debajo de ella alpiste. Bautista puso junto a la red las tres jaulas de los mixtos "llamadores", que en seguida comenzaron sus redobles.

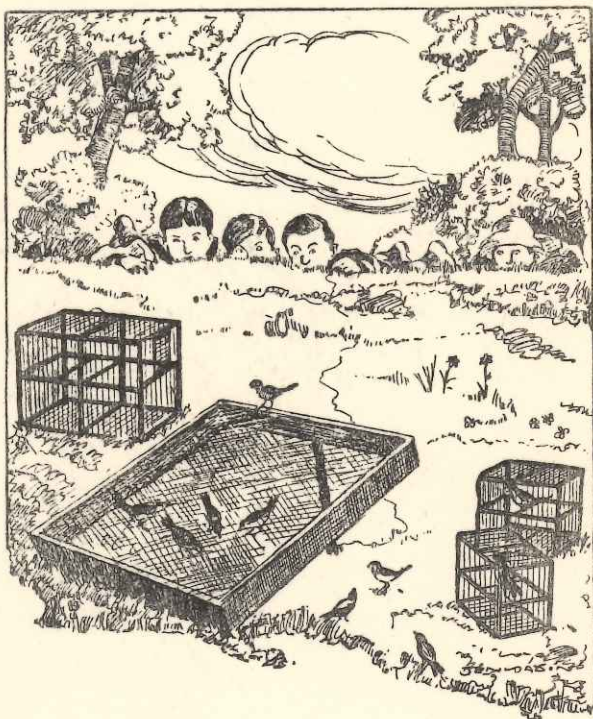
Julián era el encargado de la jaula grande.

Nos alejamos y nos echamos a lo largo en el pasto.

Bartolo tenía entre el índice y el pulgar de la mano derecha la punta del hilo que iba hasta la red.

La espera fué larga y ansiosa. Los mixtos encerrados llamaban sin cesar a los compañeros; pero no venía ninguno.

De pronto, pasó una banda de pajaritos. Contestaron a los "llama-



dores". Vacilaron un momento, y sin bajar ninguno, siguieron viaje.

Nuestra ansiedad era tan grande que teníamos la boca seca y la respiración muy agitada.

Apareció otra banda.

—¡Son mixtos! ¡Bajan! — dijo Bartolo en secreto.

Los píos y redobles se multiplicaban y se hacían más fuertes cada vez.

El corazón nos latía violentamente.

Bajó un mixto y se posó sobre una jaula. Los redobles aumentaron y parecían llenar el cielo y el campo.

Bajaron tres más y empezaron a comer el alpiste.

Bajaron más y ya se veía un gran montón bajo la red.

Los tres miramos a Bartolo: su mano temblaba. Pero no daba el tirón. Esperó que entraran todos. Ya nos ahogábamos, porque, para no hacer ruido, aguantábamos la respiración.

Por fin, Bartolo fué estirando despacito el brazo y dió un bruseo tirón del hilo. La red cayó pesadamente, y corrimos hacia ella.

Muchos pajaritos saltaban desesperados debajo de la red. Los "llamadores", asustados, callaron.

Bartolo, entonces, en medio de nuestras voces de entusiasmo, deslizando la mano entre la red y el pasto, fué agarrando los mixtos.

Julián, al recibirlos, los ponía en la jaula grande.

La caza había sido buena.

Bautista me explicó entonces lo siguiente:

—Otros cazadores los golpean, así, ¿ves?, cuando están en la red y los matan, les sacan las plumas y los venden para comer. Pero nosotros no hacemos eso nunca, ¿verdad, Bartolo?

Bartolo, ya había armado otra vez la red, y mientras nos alejábamos para una nueva espera, dijo:

—Nosotros no somos asesinos. Los cuidamos bien y los vendemos baratos.

Julián, el encargado de los prisioneros, agregó:

—¡Ni uno matamos! Hoy están asustados; pero mañana ven a verlos a casa y verás qué contentos comen y toman agua.

La voz de Bartolo volvió a oírse.

—No te olvides, Julián, del almacenero, que quiere comprar dos.

Y quedamos, otra vez, estirados en el suelo, boca abajo y mudos, mientras Bautista mantenía el largo hilo entre sus dedos y los "llamadores" volvían a hacer oír sus agudos redobles.

RATA CALLEJERA

ERA tan menudo y feo, semejaba tan bien su escaso bigote los pelos del hocico de la rata, y andaba tan de prisa con el machete volando por detrás como una cola, que no podía habersele dado un sobrenombre que le viniera mejor. Pero él se daba trazas para conquistar la simpatía de los niños, fácil conquista, al fin, ya que "Rata Callejera" desempeñaba las imponentes y prestigiosas funciones de sereno.

Los serenos de aquel tiempo usaban amplia y roída capa con forro de bayeta colorada y cantaban la hora y el tiempo durante toda la noche.

En vez de pito, usaban linterna y con ella hacían señales.

En la calle



mantenían encendido un fogón para calentarse y para preparar sus alimentos.

“Rata Callejera” exageraba de una manera enorme la importancia de su cargo. Yo había llegado a creer que era tanto como el presidente de la República.

Mis ojitos no se cansaban de observarlo. Trataba yo de comprender cada uno de sus gestos y ademanes, que, por su gravedad, me parecía que no estaban al alcance de los niños.

No pasaba persona sin que “Rata Callejera” la mirara de la cabeza a los pies. En esta audaz simulación de severa vigilancia, enfocaba de cuando en cuando a algún infeliz con su linterna. “¡Siga, no más!”, exclamaba, al detenerse, encandilado y sorprendido, el pobre diablo. A mi pregunta sobre si había pensado llevarlo preso, contestaba que era dueño de detener a quien quisiera, o hacerle dar vuelta o seguir por cualquier calle, todo lo cual confirmaba su poderío.

Tal era su bondad para conmigo, que, en vez de conducirme a un calabozo, como, sin duda, lo haría si le diera la gana, me dispensaba el honor de confiarme la apestosa linterna de aceite y enseñarme las señales. Moverla varias veces de izquierda a derecha y viceversa, quería decir: llamada de oficial; moverla de arriba a abajo y viceversa, significaba: llamada al sereno más próximo, el cual contestaba en igual forma para decir: “Entendido. Voy”.

En ciertas ocasiones, no tan frecuentes como yo quisiera, el astuto sereno desenvainaba el machete para que lo examinara. Me permitía, además, sentarme en el cordón de la acera al lado de su fogata, cuando mi padre me autorizaba para hacerlo.

Yo correspondía a tan señalados favores.

Cuanto comestible caía al alcance de mis manos, desaparecía bajo la capa de “Rata Callejera”. La yerba y el azúcar debían alcanzar para toda la noche, pues toda la noche necesitaba tomar mate. La leña y los fósforos corrían también por mi cuenta.

Aquel hombre, tan chiquito, era capaz de consumir en una sola noche la despensa, y solía verme en apuros para tenerlo bien provisto.

En ciertos casos, requería autorización para los saqueos; pero debo confesar que la mayor parte de las veces me apoderaba a escondidas de cuanto podía engullir el hombre del machete, convencido de que realizaba una obra buena para la ciudad entera al alimentarlo y aumentar sus bríos.

LOS SIRVIENTES

NO olvidaré jamás la singular impresión que me causó la frase de una niña, en cuyo hogar estábamos de visita. Nos mostraba sus juguetes, que eran muchos y lujosos, y recordó que encima de un ropero había una gran muñeca traída de París. Llamó al mucamo y con gesto adusto, voz imperiosa y continente altivo dijo:

—¡Ramiro! ¡Bájeme la muñeca!

Mi sorpresa fué enorme. El rostro del sirviente se encendió de vergüenza. Ya no vi la muñeca; no vi ni oí nada más durante el tiempo que aun permanecí en aquella casa.

—¡Ramiro!
¡Bájeme la muñeca!

Estas palabras, dichas con aspereza, lastimaron mis oídos. Recordaba la actitud tan soberbia para el infeliz mucamo. Me costaba convencerme de que éste había cumplido la alta orden.

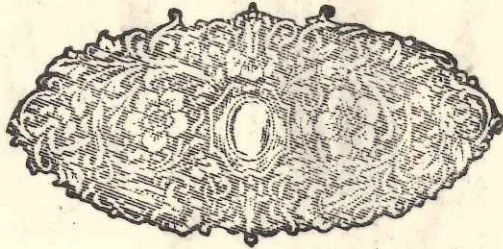
¡Nunca más pude olvidarlo! ¡El dolor y la amargura rebosaban de mi corazón de niño!



Nadie, en nuestro hogar, se dirigía a los sirvientes en tal forma. A los niños nos estaba prohibido en absoluto mandarlos. Daba el ejemplo nuestro padre, quien les hablaba siempre con la más delicada corrección; solicitaba todo más bien como un favor; no permitía que sintieran nunca la espantosa amargura de la humillación. Y al explicarnos que no debía-

mos mandarlos, nos hacía comprender que los sirvientes, si bien tienen la desgracia de entregarnos la mayor parte de la vida, a cambio de determinadas comodidades, no dejan de ser por eso dignos de consideración, de gratitud y de respeto, como cualquiera otra persona que trabaja. Nos enseñaba, asimismo, que es signo de vileza agrandar la desdicha del que está debajo de nosotros con un tratamiento altivo, y que las personas nobles pagan no solamente con dinero a quienes las sirven, sino que las ayudan a sobrellevar las penas de la vida y a mejorar sus pensamientos, con la equidad en las acciones y la dulzura en las palabras.

¡No olvidaré jamás la triste escena de la despiadada niña que se creía con derecho a hollar así la dignidad de un hombre!



LAS ABUELITAS

UNA me daba dinero, libertad y ternura; la otra, religiosidad, espíritu de orden, amor a la justicia. La primera, la madre de mi madre, era una señorona gruesa, blanca, gran lectora de novelas, que esperaba mi felicidad de la satisfacción de todos mis caprichos. La madre de mi padre, delgada, activa, recia, limpiísima en su persona, en su casa y

en su lenguaje, no concebía la felicidad sin la virtud, ni la paz sin la pureza íntima.

En el hogar de mi abuela materna, se vivía en perpetua diversión. Allí se recibía afablemente a todos, con caridad sin límites. Allí los vendedores ambulantes se convertían en visitas, y por piedad se les compraba y se les brindaba descanso. Allí las gentes del campo encontraban hotel o sanatorio gratuitos. Allí la mesa se tendía para diez personas, y a la hora de pasar al comedor había hasta quince o veinte comensales.

En el otro hogar también había dulzura; pero la alegría era más serena y la dicha más honda. En él todos trabajaban, todos tenían deberes y na-

die osaba salirse de la verdad y de la equidad. Las normas del cristianismo tenían en la dueña de casa un intérprete lleno de entusiasmo y de sabiduría.



En una, predominaba la imaginación y la bondad sin control y sin medida; en la otra, reinaba soberano el pensamiento y la voluntad.

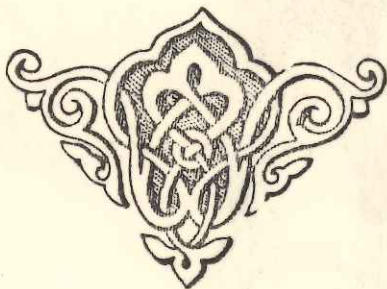
Una, era almendras y azúcar; la otra, tan blanca y pura como la hostia sagrada para el niño, era alimento del alma.

Las dos lucharon en mí, vivas y muertas. Triunfó la paterna; la menudita, sobria, laboriosa y prolija viejecita, la mujer más admirable que yo he conocido; la mujer que gobernaba con autoridad incontrastable, sin emplear ninguna fuerza más que el razonamiento.

A la hora del ángelus, golpeaba las palmas de sus manos de santa, y se arrodillaba sola ante un gran crucifijo. Un minuto después, todas las personas que se encontraban en la casa, casi siempre numerosas, venían y se arrodillaban detrás de ella. Y hombres, mujeres y niños rezaban interminables oraciones. Nadie se salvaba de rezar. Los nietos, hombres ya, sorprendidos en la casa por el ángelus, procuraban retirarse; pero era muy difícil que lo hicieran.

—No importa — decía abuelita — si hay aquí alguien sin fe. ¡Dios lo escuchará lo mismo y lo ayudará a ser bueno!

Al menor movimiento sospechoso, la abuelita se volvía y observaba. La tentativa de irse fracasaba y el presunto desertor se dejaba caer de rodillas con beatífica mirada y el rezo a flor de labios.



LA RABONA

ME imagino que a todos los muchachitos que hacen la rabona les pasará lo mismo que me ocurrió a mí la única vez que falté indebidamente a clase.

Era tentadora "la rabona" como cosa prohibida, y nada más que como "cosa prohibida". Nos enterábamos de esta travesura como de algo misterioso. Los que la realizaban seguramente sentirían vergüenza del



fracaso, pero lejos de confesarlo sinceramente nos entusiasmaban con relatos fantásticos de diversión y de alegría.

Un compañero de clase, llamado Alfredo, después que oímos los encantadores detalles contados por un "rabonero", me propuso faltar a la escuela al día siguiente.

Así lo hicimos. A la hora de entrar en el colegio, nos reunimos y nos dirigimos hacia las afueras. Después de caminar bastante y ya con algún cansancio, llegamos a un campito y nos sentamos en el suelo frente a frente, a la sombra de los árboles.

—¿Conque ésta es la “rabona”? — nos decíamos cada uno en secreto.

Un hastío atroz, con mezcla de hambre, de sed y de arrepentimiento, nos obligaba a bostezar. Hablábamos de la clase, de las lecciones que darían, de las sospechas sobre nuestra ausencia, de lo agradable que resultaba aquel asueto... aunque, en verdad, ya estábamos fastidiados a más no poder.

Nos tiramos a todo lo largo en el pasto, con el propósito de dormir; pero no teníamos sueño. Al sentarnos de nuevo, supusimos que ya serían las once o poco menos, y resolvimos emprender el regreso. A un hombre que encontramos en el camino le preguntamos la hora: eran las nueve y media. Nos contemplamos desesperados y afligidos, y bostezamos de nuevo.

¿Qué hacer todo este tiempo?

Volvimos en dirección al campito; pero antes de divisarlo, hartos de él, doblamos hacia la derecha; luego, tomamos hacia la izquierda y así anduvimos caminando como dos tontos y preguntando la hora a todas las personas que pasaban, hasta que fueron las once.

¡Qué alegría verdadera al saber que podíamos reincorporarnos a la vida normal y regresar a nuestra casa!

Nos sentíamos tristes y avergonzados.

Todo lo cual no impidió que al dar noticia de la hazaña a los demás muchachitos, ponderáramos los encantos de aquel día.

Cuando encuentro a presuntos “raboneros”, los observo para saber si a todos les va con la travesura como a mí: en todos veo la misma cara de aburridos y de arrepentidos; todos “se divierten” como nos divertimos mi compañero y yo

Sinceramente les diría:

—¿Ha visto, amigo, qué clavo?...

Pero los miro y no les digo nada, porque la caridad consiste en este caso en disimular la compasión.

La “rabona” es una ilusión alimentada por el amor propio de los “raboneros”. Para no confesar que cometieron una tontería, inducen a otros a repetirla. Y tras esa ilusión van todos esos incautos que encontramos, en las horas de clase, vagando por los parques con los útiles escolares bajo el brazo y con esa inconfundible carita de desencanto.

EL CARNERO CABALLO

MI amigo Eduardo vivía a unas veinte cuadas de mi casa, distancia bastante grande para niños; pero lo interesante era que para visitarme venía siempre a caballo. Era éste un carnero grandote, morrudo, negro y de pezuñas renegridas, perfectamente posesionado de su condición equina. Como a tal lo trataba y lo enjaezaba su dueño. Por supuesto que no faltaban los estribos, ni el cojinillo blanco con vistosa sobrecincha roja. Al apearse, el carnero permanecía inmóvil, soplando fuerte por las narices dilatadas. Le quitaba el freno y lo ataba del cabestro para que pastara en la gramínea.

La ilusión del campo, con el amigo que venía de lejos, era completa.

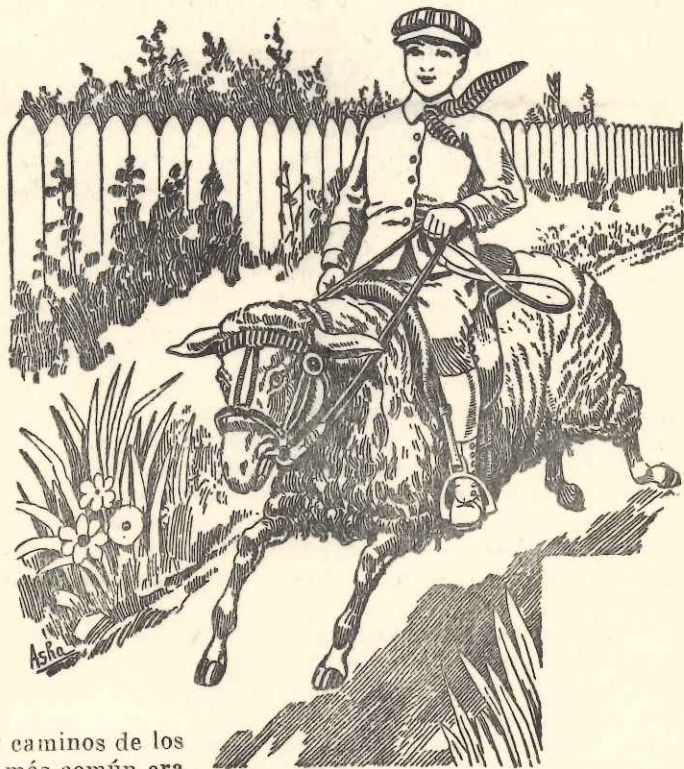
En aquel carnero, Eduardo iba a todas partes, menos a la escuela.

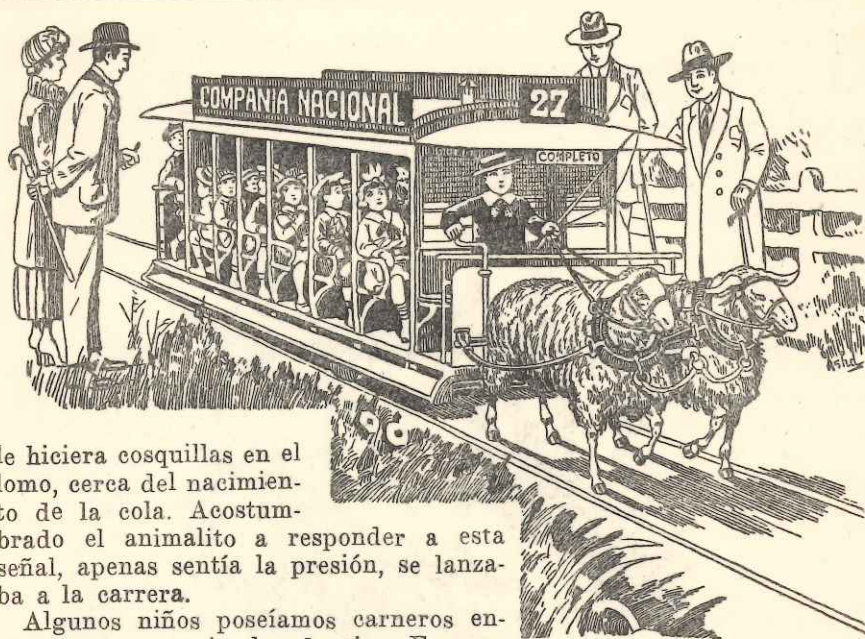
Frecuentemente lo encontraba de viaje o de paseo, por calles y caminos de los alrededores. Lo más común era la marcha al galope, aunque también solía verlo andar al paso y al trote.

El jinete no usaba látigo.

¿Cómo conseguía de un animalito más bien apático aquella obediencia a sus deseos y, sobre todo, aquel galope de verdadero pingo?

Generalmente, con el único estímulo de mover las riendas o las piernas; cuando había que apresurar más la marcha, bastaba que el jinete





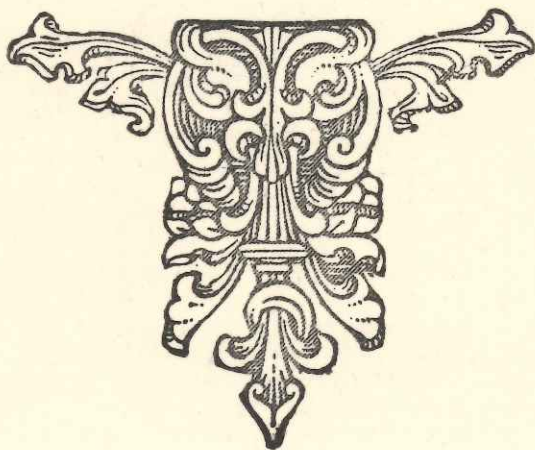
le hiciera cosquillas en el lomo, cerca del nacimiento de la cola. Acostumbrado el animalito a responder a esta señal, apenas sentía la presión, se lanzaba a la carrera.

Algunos niños poseíamos carneros enseñados como animales de tiro. En una plaza pública circulaba un tranvía en miniatura tirado por dos carneros. El mayoral era un niño. La empresaria, una mujerona, permanecía tarde y noche sentada en un banco y guardaba en una gran cartera el importe de los pasajes que percibía al iniciarse cada vuelta.

Este tranvía en miniatura, primorosamente fabricado por algún carpintero enamorado de su obra, me inspiró un relato fantástico, con el cual entretenía a mis hermanitos. Les decía que cierto muchachito consiguió permiso de su padre, estanciero, para amansar toda la majada, que era inmensa. Comenzó por un tranvía, luego, con las ganancias, hizo construir otro, y otro, y otro, y poco a poco estableció una línea de tranvías para niños que circulaban, por una imaginaria avenida que rodeaba la ciudad, constantemente llenos de pasajeros. En las diversas estaciones esperaban los niños mayores con las yuntas de repuesto. Apenas llegaba allí cada coche, retiraban los animales cansados y los substituían por otros. Era tan grande la cantidad de tranvías en circulación que, desde lejos, se veía la fila de carneritos, todos corriendo como caballitos blancos...

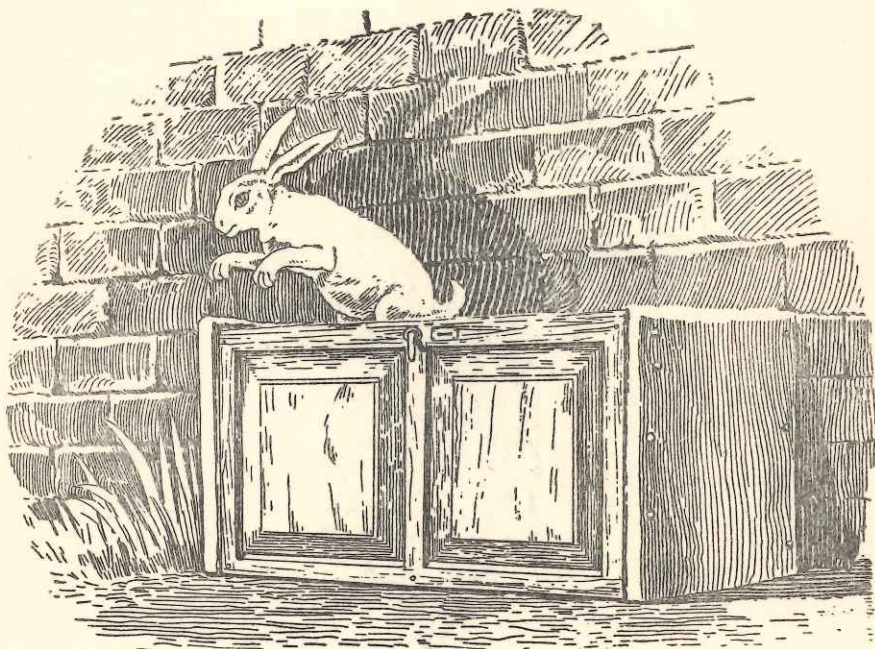
La familia del niño se enriqueció con el negocio, y el padre se encargaba de comprar todos los millares de carneros y ovejas que se necesitaban.

Pero carnero de silla como el de Eduardo no he visto ninguno. Resistente, ligero y dócil, fué el único juguete y el compañero preferido de aquel amiguito, hasta que éste llegó a la adolescencia. Entonces el "Mocho"—llamado así porque carecía de cuernos—tuvo una vejez digna de su vida de trabajo. Vuelto carnero como sus congéneres, lo veía siempre gordo disfrutar de la vida apacible en un campito inmediato a la casa de Eduardo. Al obscurecer, se entraba solo a su casilla y comía su acostumbrada y abundante ración de maíz y alfalfa.



TREMENDAS PREOCUPACIONES

TODOS los niños afrontan voluntariamente situaciones difíciles y trabajos que reclaman increíbles esfuerzos. Creo que lo que me dió más que hacer fué una coneja que me regaló un amigo. Después de haberme extasiado muchas veces ante su conejera y de comprobar lo más bonito y lo más interesante de tales animalitos, que era el hambre, la diversidad de sus alimentos y, por encima de todo, la facilidad y rapidez con que devoraban una hoja de col o de lechuga, acepté alborozado el regalo de uno de aquellos ejemplares. Era una coneja blanca, de piel sedosa y abundante, cuyos ojitos rojos parecían dos rubíes.



Entré en mi casa en forma furtiva, para que no me viera nadie, con la coneja en el aire asida de ambas orejas — tal como me enseñó el del regalo — y me fuí en derechura a la cochera, donde recordaba que había un cajón vacío; pero resultó que estaba lleno de frascos, cepillos y rasquetas, todo lo cual puse en un rincón, valiéndome de la mano izquierda y en numerosos viajes, con la coneja siempre suspendida en el aire. Ya vacío el cajón y depositada en él la coneja, lo tapé con unas tablas, puse encima unos ladrillos y me retiré.

Había terminado la primera parte de mi aventura y me sentía terri-



blemente fatigado, con la boca seca y mucha sed.

Ahora venía la segunda parte: conseguir autorización para tener aquel animalito, que yo consideraba hermoso, limpio, gracioso,

utilísimo y hasta elegante, y que se reputaba inútil, desaseado y maloliente. Obra de romanos, lo sabía de antemano, sería convencer a mi padre, que percibía un olor desagradable a cincuenta metros y no veía más que la parte mala de los conejos.

La inmaculada blancura de la coneja, la riquísima carne y la valiosa piel de que me hablara el de la conejera; la facilidad suma para alimentarla, mi compromiso de observar una estricta higiene, fueron las armas con que me apercibí para defender mi causa. Al cabo de dos días — en los cuales la coneja pasó las de Caín, viviendo como contrabando en aquel cajón oscuro — obtuve de mi padre el anhelado permiso.

Comenzó la tercera parte: Había que construir la conejera. Elegido el sitio, puse manos a la obra. Una vieja puerta maciza y dos tablones enteros apoyados en una cerca, formaron juntamente con ésta los cuatro lados. Allí no quedaba ni siquiera un resquicio para que pasara un grillo. En la obra, hecha a toda prisa, abundaron los clavos de varias pulgadas, los formidables martillazos y los terribles machucones en las manos.

Instalado el animalito, lo harté de zanahorias y hojas de lechuga, y me puse a observarlo, de lo que nació la necesidad urgente de acometer la cuarta parte de aquella magna empresa: La coneja daba indicios de ponerse a escarbar en la tierra, para escaparse.

La catástrofe era inminente, pues el perejil crecía próximo.

El del regalo me había indicado justamente ambos peligros: la cueva y el perejil que, cual activísimo veneno, la mataría en el acto.

Me puse a la tarea, pala en mano, de levantar un palmo de la tierra, colocar a bajo nivel un tejido de alambre, volver a echar la tierra, apisonarla y, para dejar todo perfecto, cubrí el suelo con arena.

La quinta preocupación fué la del agua. ¿Beben o no los conejos?

Resolví, finalmente, ponerle agua.

La sexta preocupación fué la de los conejitos. ¿Cómo tener conejitos sin poseer un casal? La coneja sola no satisfacía mis ambiciones. Imaginaba ya a los conejitos andando por la conejera. Sus saltos, sus carreritas, sus graciosas actitudes y, principalmente, su apetito insaciable, constituían para mí el placer más grande del mundo.

Entonces ocurrió algo muy raro. Al dirigirme tempranito hacia la conejera vi una cosita blanca en el verde manchón del perejil... ¡La coneja! ¡La coneja, que había saltado por encima de las tablas... y que había arrasado las matas de perejil!... La vi agonizante ya bajo la acción espantosa del veneno y me dirigí lenta y tristemente a recoger su cadáver... Pero el animalito, sin la menor dificultad, echó a correr y sólo pude atraparlo después de mucho trabajo.

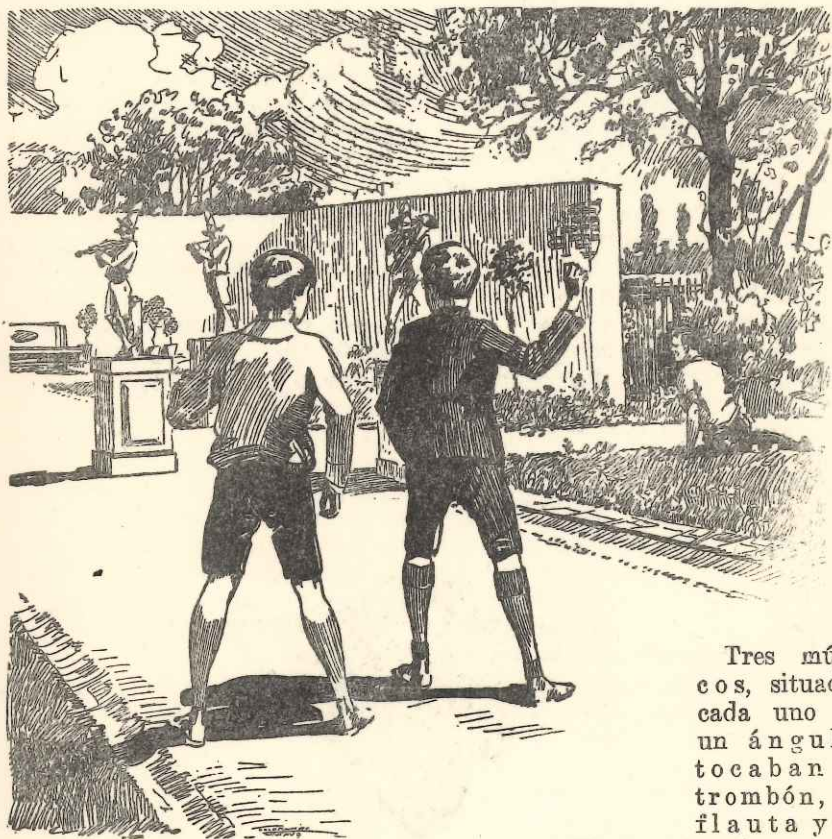
Quité el cajón, sobre el cual se había indudablemente subido para dar luego el salto final. Esperé todo aquel día su muerte, hasta que me convencí de que tenía razón la cocinera: el perejil no es dañoso para los conejos.

Pocos días después, sobrevino la catástrofe. Llovió torrencialmente durante la noche y aquella construcción que me esmeré en que fuese tan sólida y segura, se llenó de agua como una bañadera... y la coneja murió ahogada... ¡La coneja y todos los preciosos conejitos que sólo habían existido en mi imaginación!

LOS MUSICOS DE MARMOL

EN el cruce de los principales caminos de la quinta, hizo colocar mi padre una orquesta de músicos. Eran varias figuras, a mitad del tamaño natural, cada una asentada en su pedestal como de un metro de alto.

Todos contemplamos la orquesta, y más que nadie mi padre, encantado con la adquisición de aquellos mármoles importados de Italia.



Tres músicos, situados cada uno en un ángulo, tocaban el trombón, la flauta y el

clarinete. En el otro ángulo estaba la mujer vestida con el traje característico napolitano, con un platillo para recoger las monedas.

En el centro se destacaba el violinista, y en el violinista se destacaba la colosal nariz, que nos hizo reír mucho. Era un detalle, ciertamente, como decía nuestro padre; pero tan falto de gracia, que malograba en buena parte el conjunto.

Cómo y por qué el artista encajó aquel monumento nasal en la cara del pobre músico era cosa inexplicable para todos.

Terminó la contemplación inaugural; fué mi padre, y llegó de visita un primo nuestro, llamado Ubaldo. Este era un buen muchacho, noble e inteligente, aunque sólo se preocupaba por entonces de las pedradas.

Con una fuerza y una puntería increíbles, arrojaba la piedra sin errar blanco. No veía piedra ni piedrecita sin inclinarse, recogerla y lanzarla contra el primer objeto que distinguía.

Al tomar el proyectil entre el pulgar y el índice, decía: "A la mancha que se ve en aquella pared". "Al pajarito que está en la rama de aquel árbol". "Al ala derecha de la paloma que pasa volando". Y la piedra salía como una bala de su mano para ir a dar en el blanco señalado.

Tal era el visitante. Apenas distinguió a lo lejos los mármoles, con su vista de lince vió los músicos y vió la nariz enorme del violinista.

Sonrió, miró al suelo, recogió una piedra, y diciendo: ¡A la "napia"! , vimos que cortaba el aire con su brazo, sin darnos tiempo para decir una palabra.

Miramos hacia el músico... La colosal nariz había desaparecido.

Comprendiendo inmediatamente la importancia del daño, Ubaldo se despidió de nosotros, sin explicaciones ni disculpas, y se fué.



EL VENDEDOR DE BARRILETES

ENTRE los alumnos de nuestra escuela estaba Pedrito, el vendedor de barriletes. Pedrito era el más chico del cuarto grado, tenía las orejas muy grandes y caminaba como un ratoncito.

Pedrito tenía siempre cañas "de Castilla" y "de tacuará", sin que pudiera saberse cómo las conseguía. Con un cuchillo, siempre muy afilado, las cortaba en línea recta, con mano segura y firme. Fabricaba cometas y las vendía muy baratas.

Cuando se jugaba a la bolita o al balero, nadie se ocupaba de Pedrito; pero llegaba el tiempo de los barriletes y Pedrito se convertía en persona importante.

Nadie hacía una cometa como él; nadie poseía su habilidad para colocar los tiros y la cola; nadie le igualaba en rapidez para remontar un barrilete.

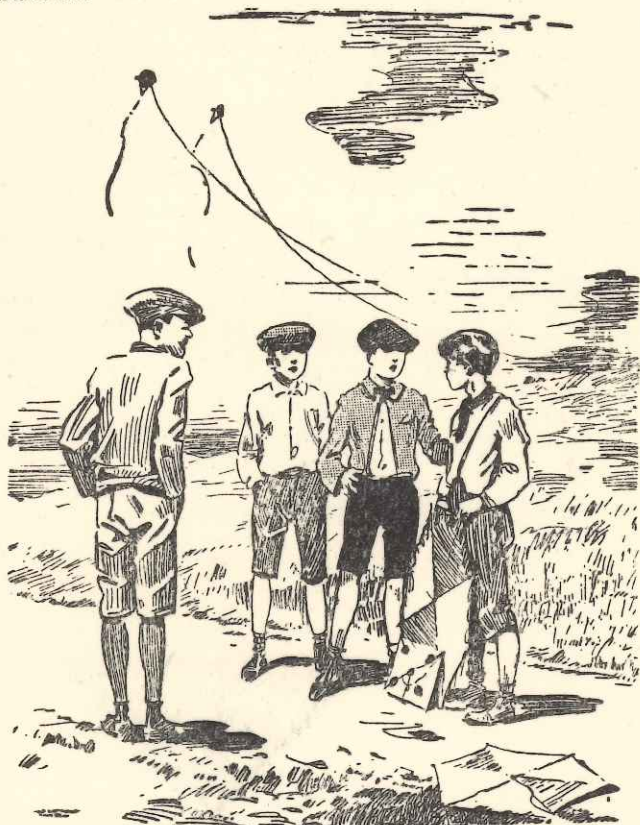
La más grande molestia del negocio consistía en la discusión de las ganancias. Pedrito vendía sus barriletes tan baratos, que todos decían que perdía dinero, y Pedrito se enojaba por eso. Cuando algún compañero le compraba un barrilete, le decía:

—Tú no ganas nada.

—¡Gano! — afirmaba Pedrito.

—¡Mentira! — gritaba el comprador. — Esta te cuesta más. Saca la cuenta: papel, cañas, engrudo, hilo...

—Gano — repetía Pedrito. — Si valiera más, pediría más.



—Pues yo te juego lo que quieras — decía el otro — a que con esta plata no haces en mi casa otra igual.

Pedrito se ponía colorado de rabia, respiraba fuerte y decía:

—Aquí el único que tiene que ver con eso soy yo. Ustedes se callan, y si no quieren, no compren.

—Sí — contestaba alguno, — pero no digas que ganas. Yo hice la mía el domingo y me salió más cara. ¿Era o no igualita a ésta?

El argumento parecía decisivo. Todos miraban a Pedrito.

—¡Confiesa!... ¿Cuánto pierdes? — gritaban.

—¡Gano! — insistía Pedrito. — Lo que hay es que ustedes son unos chambones y no saben comprar, ni hacerlas. Con el engrudo que gastan en una, yo hago seis, y todavía me sobra.

Y, para terminar, se dirigía al interesado y a todo el grupo en estos términos:

—¡Se acabó!... ¡Sí, o no?... Y les aviso que no traigo más barriletes. El que quiera comprar, que vaya a buscarlos a mi casa.

El comprador pagaba y Pedrito se alejaba del grupo, que observaba la cometa. Se reanudaba la discusión; pero ahora el poseedor había cambiado de opinión y defendía a Pedrito:

—Ustedes hablan porque tienen lengua. Si él me la vendió es porque gana.

Pedrito se iba enojado porque lo creían capaz de perder en el negocio, pero después de unos días, aparecía de nuevo con sus hermosos barriletes de variados colores y ancho fleco.

Los había fabricado y sentía la necesidad de negociarlos.



MANDINGA

A todos los niños nos gustaba ir a ver las funciones de títeres. El mayor atractivo consistía en un muñeco negro que se llamaba Mandinga y que era entonces famoso.

Mandinga salía siempre a escena con un palo de grandes dimensiones. Este palo era todo su mérito y era también lo principal de la función.

Cualquiera que fuese la obra que se representaba, pronto descubríamos a los candidatos para las palizas de Mandinga y nos reíamos anticipadamente del consabido final.

Ya se trataba del dueño de la casa que venía a cobrar el alquiler; ya de un sastre que reclamaba el pago; ya de un vecino enojado que venía a quejarse por algo.

Supongamos que quien se presentaba era el dueño de casa.

Mandinga, en su condición de sirviente, abría la puerta, gritando con su voz característica:

—¡Adelante! ¿Qué deseaba el señor?

— Demasiado lo sabe — contestaba el otro. — Vengo a cobrar el alquiler.

—Muy bien. ¿Así que usted quiere cobrar?

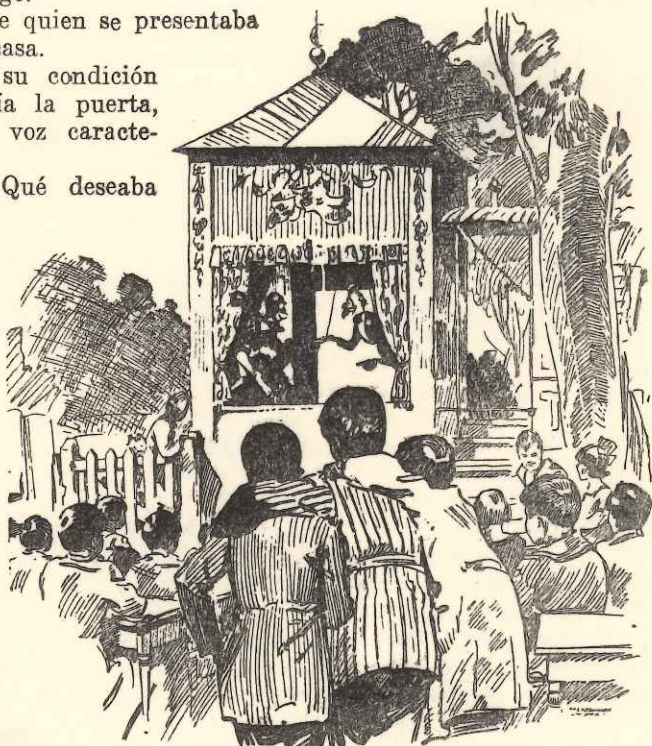
—Seguramente — decía el visitante.

Mandinga se daba vuelta, acariciaba el palo, y todos nos reíamos porque sabíamos lo que le esperaba al cobrador.

Mandinga entraba en otra pieza y, afirmando las manos en el palo, preguntaba:

—¿Está pronto para cobrar?

—Sí — contestaba el cobrador.



—Mire que voy ahora mismo — gritaba Mandinga, afirmando cada vez más la voz.

—Venga, no más, cuando quiera — decía el otro.

—Mire que va a cobrar de veras — insistía Mandinga; pero el pobre cobrador esperaba lo más tranquilo, ajeno a la verdad.

La gente menuda gritaba y se ahogaba de risa a cada nueva frase.

—¿Quiere ahora mismo los ciento veinte?

—Ya lo creo — decía la víctima.

Las carcajadas infantiles estallaban de nuevo.

—Ciento veinte... — repetía el negro aumentando la algazara. — ¡Hay que juntar fuerza!... Espere un poquito, ¿eh?... Ahora mismo le voy a pagar.

Aparecía Mandinga con su tremendo garrote, sacudiéndole al otro muñeco los ciento veinte palos, en medio de sus gritos de protesta, de las exclamaciones festivas de Mandinga y de las estruendosas risas del público.

Después de la paliza, salía generalmente el patrón, que se mostraba agradecido al negro por sus servicios, y gritaba al cobrador, que salía corriendo como loco:

—¡Ya sabe, amigo! ¡Cuando quiera cobrar, venga no más!

Aquellas escenas se repetían siempre.

Solía ocurrir que el visitante ofreciera en venta alguna cosa. Al oír el precio, el patrón llamaba al negro y lo consultaba.

—¿Qué te parece, Mandinga? Pide veinticinco... ¿No será mucho?

El negro examinaba su palo y respondía:

—No es mucho, patrón. Puede comprarlo no más.

El vendedor felicitaba por su consejo a Mandinga, quien exclamaba:

—¿Cuándo va a venir el señor a cobrar?... Porque mañana tengo que pagar a dos personas... ¿El señor podría venir pasado mañana?

—¡Cómo no! Con mucho gusto.

—El gusto va a ser para mí — contestaba Mandinga. — Venga bien tempranito, que le voy a pagar mejor todavía... ¿El señor prefiere en sencillo?... ¿Al señor no le gustaría cobrar en dos o tres veces?

—Mejor, si es posible, en una sola.

—Perfectamente. Pasado mañana, tempranito.

Y los veinticinco garrotazos eran luego dados por el negro, sin mirar dónde caían, en medio del alboroto del público entusiasmado.

DON JACOBO

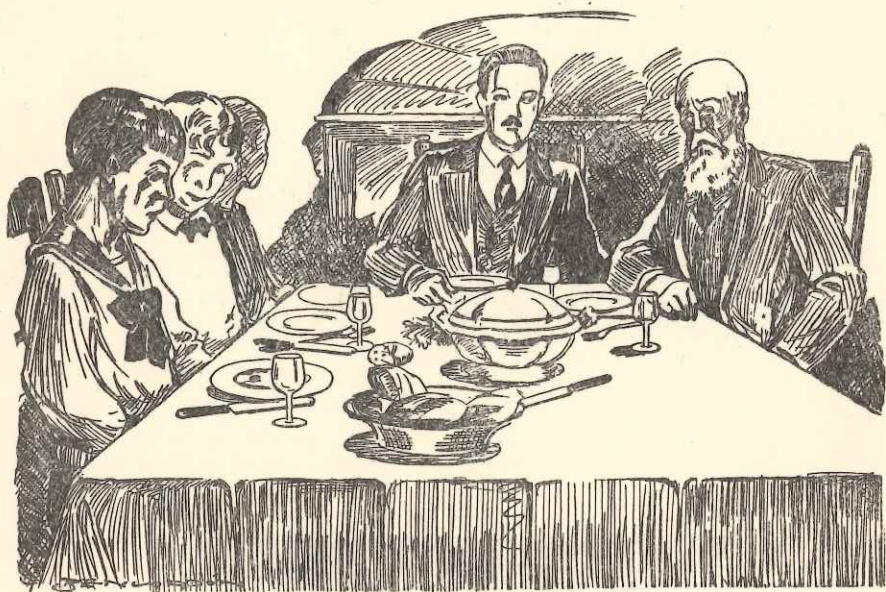
COMO los jardineros para las plantas, son para los niños aquellos seres afectuosos y benéficos que les prodigan su ternura.

Uno de mis jardineros fué don Jacobo, el anciano secretario de mi padre.

Su bondad ingenua, su inocencia de niño, sus boberías respetables, entre sus graves gestos y sus solemnes frases, tenían el mismo encanto que las grandes frescas rosas de sus mejillas entre la enorme calva y la amplia barba blanca de emperador o profeta.

Cuando don Jacobo se hallaba desocupado, se convertía en nuestro mentor y acompañante.

Sus enseñanzas y consejos poseían la inefable seducción de las aguas



de manantial: brotaban y corrían; corrían y se brindaban; y al no recogerlas nadie, ibanse plácida y serenamente hacia el olvido.

Don Jacobo no era autoritario, no se enojaba nunca, no pretendía poseer la sabiduría perfecta; no intentaba, siquiera, ser superior a mí: tal era su dulzura y su inocencia.

Para él, las cosas insignificantes eran las más importantes; las cosas serias y trascendentales contaban con su rotundo menosprecio. Era un niño de larga barba blanca; un niño lleno de juicio y de exquisita discreción, a quien el padre trataba con igual cariño que a nosotros.

Ciertas palabras vulgares, ciertas posturas groseras, constituían lo más intolerable para él.

Cuando una vez dije en el comedor: "No quiero más. Estoy lleno", don Jacobo me miró estupefacto, frunció las cejas, estiró los labios y, perdiendo su corrección habitual, completamente aturdido, golpeó la mesa con el extremo de los dedos, sin pronunciar palabra. Era llegar al colmo del estupor y de la indignación.

—¿Qué ha pasado, Jacobo? — preguntó mi padre, que con enorme fruición se deleitaba con sus "cosas".

—¡Nada! — contestó él, ya pesaroso de descubrirme en una falta tan espantosa que no podía, siquiera, revelarse.

Insistió mi padre, que conocía admirablemente "sus lados flacos". Y entonces yo mismo aclaré:

—Es que yo dije que "estoy lleno".

Mi padre rió de buena gana. Todos reíamos y la algazara fué tremenda.

A don Jacobo, impávido e inmutable, le importaba un bledo que rieran. Continuó mirándome; ahora sin enojo, dulcemente, como siempre, y cuando se restableció la calma y el silencio, me preguntó:

—¿Cómo se dice? ¿Cómo crees tú que dice un niño educado?

—¡Que estoy satisfecho!... — exclamé.

—¡Bien! — dijo con visible placer, y extendiendo el brazo, lo paseó por encima de la mesa como arrasándolo todo con el triunfo obtenido al hacer que yo mismo me corrigiera.



LA BALLENA

CON el diario en la mano y la más viva sorpresa marcada en su semblante, vino papá una mañana hacia nosotros, que charlábamos placenteramente con don Jacobo.

—¿Ha visto usted?... — le preguntó. — ¿Qué me dice?...

En el diario estaba la noticia de que había aparecido una enorme ballena en la costa del Río de la Plata.

Don Jacobo quedó impresionado de la noticia, y dijo:



—Vale la pena ir a ver eso... Me voy con los muchachos, ¿eh?

Después de una hora de largo viaje, llegábamos al punto indicado en la información.

Durante el camino sólo habíamos hablado de ballenas. La curiosidad de don Jacobo y la nuestra había llegado al grado máximo. Pero, por más que mirábamos, no veíamos en la costa al cetáceo.

Aproximóse don Jacobo a un hombre y le preguntó por la ballena. El hombre lo miró de arriba a abajo y continuó su camino.

Detuvo a otro, y tampoco le contestó.

Don Jacobo quitóse el sombrero y se rascó la calva.

El tercer hombre consultado, nos contempló un momento entre serio y risueño y soltando una carcajada, dijo:

—Pero, ¡señor!... ¡De dónde vienen ustedes?... ¡Qué edad tiene usted?... ¡Qué día es hoy!..

Don Jacobo sin perder en un ápice su actitud majestuosa, contestó:

—Hoy es... — Y dándose una terrible palmada en la frente, cambió de tono y exclamó: — Hoy es... ¡Justo! .. ¡Claro!... ¡28 de diciembre!... ¡El día de los inocentes!...

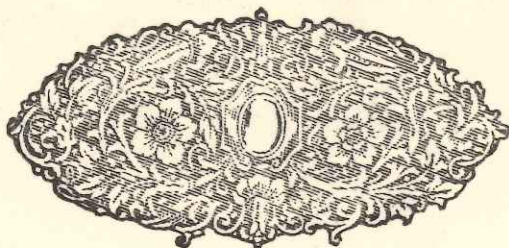
Era tradicional que los diarios publicaran el 28 de diciembre alguna noticia sensacional y falsa, para burlarse del público y de la buena fe de los ingenuos.

Emprendida la desastrosa retirada, dijo don Jacobo:

—¡No diremos nada! ¡Ni una palabra! ¡Vamos a arreglar la cosa para que no se entere vuestro padre!...

Pero, después de un largo silencio durante el cual pensaba y se mordía los labios, exclamó:

—¡Inútil! ¡Estamos perdidos!... ¡Lindo papel de bobos hemos hecho!...



EL AMIGO FIEL

DOS rasgos más completaban la fisonomía de don Jacobo, y no puede omitirlos

Cuando salía de paseo con nosotros solía permitirse el extraordinario lujo de probar alguna bebida alcohólica. Nuestra presencia constituía un inconveniente difícil de salvar. En nuestra casa el alcohol era veneno y se hallaba proscrito en absoluto. Cierta pariente que abusaba de él, cuando nos visitaba, recibía este saludo de nuestro padre:

—Haz el favor de colocarte más lejos... ¡Tu olor nos hace daño!

Todos sentíamos inmediatamente aquella sensación de repugnancia.



La delicadeza íntima de don Jacobo no le hubiera permitido tolerar parecida situación. Pero él tenía su artimaña para no ser descubierto al beber alguna copita. Llegábase al mostrador del despacho elegido y pedía cigarros. Después, agregaba:

—¿Quiere servirme un vasito de agua?

El comerciante servía, él bebía y después pagaba, afirmándonos que el pago era solamente

por los cigarros.

El artificio produjo excelente resultado, hasta que descubrimos que al hacer el pedido guiñaba un ojo. Le rogamos que nos permitiera probar de aquella agua, y se resistió en tal forma, que ya no tuvimos duda del engaño.

Con ruidoso júbilo, fué largamente comentado el asunto; pero mi padre le dió toda la razón a don Jacobo. Aseguró que él también había tenido la misma duda y com-

probado plenamente que era agua pura lo que el venerable anciano tenía costumbre de beber en aquellas copitas. Agregó que alababa su resolución al no dejar que bebiéramos en su copa. Con lo cual, todo quedó en santa paz y don Jacobo mantuvo la plenitud de sus prestigios.

* * *

Tanto amaba don Jacobo a mi padre, que al morir éste, súbitamente se sintió desfallecer. No habló una palabra más. ¡Una sola palabra no pudo escucharle nadie desde que murió su amigo!

Paseaba por el jardín y hacía extraños ademanes. Permanecía de pie, con la cabeza baja, meditando. Meneaba la cabeza; recomenzaba la serena marcha; volvía a detenerse... Luego abría los brazos y los dejaba caer desalentado, como si se dijera que ya no podría vivir, que ya no quería vivir, que todo había terminado para él.

Si alguien lo interrogaba, sólo sus ojos confesaban su pena.

Al cuarto día cayó en cama. Sólo hacía gestos y ademanes. Los médicos comprobaron que desfallecía más cada hora.

Al octavo día, al subir la escalinata que daba al fondo, vi que el jardinero, con la carretilla cargada de hojas secas, se detenía y hablaba algo con la cocinera. Luego soltó la carretilla y se quitó el sombrero mirando al cielo.

—¿Don Jacobo...? — pregunté, imaginando que se trataba de él.

Y aquel hombre de trabajo, conmovido hasta la angustia ante una fidelidad rara en el mundo, contestó:

—¡Se fué con el patrón!...

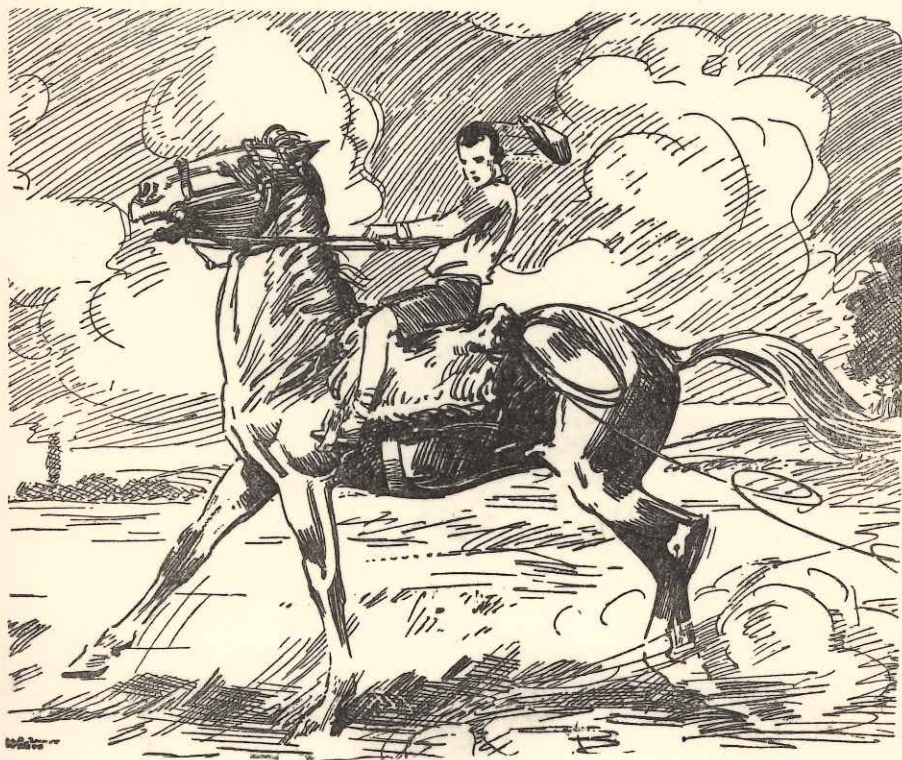


UN PASEO ACCIDENTADO

PARA este paseo por el campo monté un caballo grande y huesudo. Sus largas crines suplían otras excelencias. Mi tío, dueño de la estancia donde iba a tener lugar aquella proeza, me prestó su recado de pesados estribos de plata, ancho pretal y mullidos cojinillos. Enhorquetado sobre todo esto, sentí un instante la sensación de cabalgar en un camello. Partí al galope, deseoso de que el caballo fuera brioso y arisco, sin calcular la altura del porrazo. El gran pañuelo anudado al cuello, inflado por el viento, me daba la sensación de una carrera mucho más rápida de lo que era en realidad. Creía que volaba.

¡Qué inmenso y dócil el campo se extendía ante mis ojos ansiosos de espacio! ¡Qué lindo sería pasar la vida entera en un galope como aquel, sin que se acabara nunca el campo ni las fuerzas del caballo!

Ya me sentía peón, ya capataz de estancia, en cumplimiento de una tarea impostergable y urgente, por lo cual me veía en la imperiosa necesidad de azuzar al caballo hasta rendirlo, aunque lo compadecía.



Al trasponer una loma, perdí de vista la casa y me consideré extrañado en aquella inmensidad.

Sin detener la carrera, pero bastante preocupado, subí a todas las alturas que percibía.

Finalmente me orienté y fuí en derechura a la casa.

Al llegar, fuí recibido con gran algazara. Miré, cohibido, desde el suelo a aquel caballo tan grande que me parecía un camello, y comprobé su raro aspecto. El sudor caía en grandes gotas de su vientre formando en el polvo un pocito humeante.

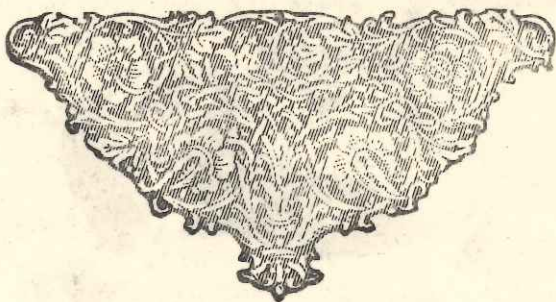
Había desparramado por el campo los cojinillos, la jerga, la carona... , ¡hasta el pañuelo del cuello y el rebenque!

¿Cómo podría haberse caído el rebenque sin que yo lo notara?

Un peón salió a recoger aquella singular siembra, mientras todas las personas casi lloraban de risa.

Cuando volvió la calma, dijo alguien:

—¡Por poco vuelve desnudo y sin caballo! — Y las risas empezaron otra vez, forzándome a reír también, para que mi papel fuera menos desairado.





MARIA ELENA

UNA señora amiga contó que hallándose de visita en una casa, había presenciado lo siguiente:

Era domingo, y María Elena se había vestido para ir con otras muchas personas a un paseo.

Cuando partimos, la mamá preguntó a María Elena si dejaba todo en orden en su pieza. María Elena no contestó y se quedó turbada.

La señora se dirigió al dormitorio y encontró que ropas, zapatos, sombreros, en lamentable confusión, se hallaban tirados sobre la cama, las sillas y hasta en el piso. Entonces dijo con la misma suave voz que empleaba siempre:

—Tú no podrás ir al paseo, hijita; has de quedarte para arreglar tu dormitorio.

María Elena se puso a llorar; todos estaban en favor de ella; pero fué inútil. La niña tuvo que quitarse el gracioso sombrerito y el lindísimo vestido y ponerse a trabajar.

La mamá le dijo, acariciándola con la voz y con las manos:

—Yo comprendo tu pena, y mayor aún es la mía al privarte del paseo, pero, hija mía, ¿cuántos disgustos y cuántas amarguras esperan en el mundo a la mujer desordenada? Hoy eres una niña; mañana serás una mujer; la paz y la felicidad de una familia dependerán de ti. Quizá pienses ahora, hijita mía, que soy mala. Después, cuando tengas más años, comprenderás que te privé de una alegría para asegurarte muchas.

Nos retiramos muy impresionados.

Me parecía que la mamá de aquella niña había sido muy severa al privarla del paseo.

Con frecuencia he recordado lo que le ocurrió a María Elena. Este ejemplo me ha alentado a perseverar en mi afición al orden y me ha ayudado a apreciarlo en su debido valor.

La madre de María Elena sólo se propuso enseñar a su hija; pero su lección fué aprovechada también por mí y, acaso, por otros. Hoy mismo la aprenden ustedes al leer estas líneas. Esto es prueba segura de que la siembra del bien nunca se pierde y de que debemos agradecimiento a quienes la realizan.



CEFERINO Y LAS VIBORAS

ESTO que voy a contar es tan cierto como todo lo que se relata en este libro.

Yo venía por el campo con un indio grandote y buenazo que se llamaba Ceferino Núñez.

Al llegar a un pedazo del suelo sin pasto, Ceferino detuvo su caballo y señaló con el brazo extendido una víbora que dormitaba al sol.

Era como de dos cuartas de largo, de color gris, con una raya negra en el lomo. Por la boca, abierta, salía la lengua, muy delgadita y en continuo movimiento.

Ceferino me pidió que no me moviera. Bajóse de su caballo y avanzó pasito a paso, con gran calma. Al estar junto a ella, quitóse el sombrero y comenzó a describir con él circunferencias cada vez más pequeñas sobre la cabeza del terrible animal. La víbora, al principio mostróse muy enojada; después quedó inmóvil.

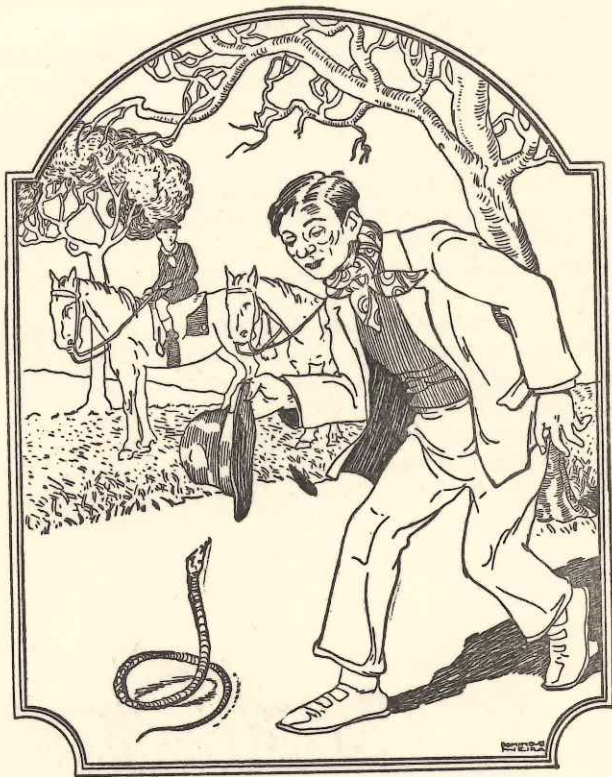
Ceferino, al verla tranquila, se puso el sombrero, levantó delicadamente el reptil y separando las ropas lo colocó en su pecho. Volvió a montar a caballo y continuamos al galope.

Yo lo miraba asombrado.

—¿No es venenosa? — le pregunté.

—Es — me contestó, — pero a mí no me muerde ninguna.

Cuando llegamos a la casa, Ceferino depositó la víbora en la tierra, la acarició con la palma de la mano y le ordenó que se fuera, lo cual hizo el reptil como si entendiera sus palabras.



Ceferino explicaba aquello diciéndome que él era amigo de las víboras y que siempre las defendía, por lo cual ellas le tenían cariño.

Le pregunté de cuántas era amigo, y me contestó:

—¡De todas!

—¡Imposible! — exclamé. — ¡Y si vienen de otro campo?... ¡Y si usted nunca las ha visto?...

—¡No importa! — dijo, con la más absoluta convicción. — Todas, grandes y chicas, saben que yo soy amigo y me conocen.

Las personas a quienes referí todo esto, me aseguraron que las más temibles víboras venían hacia él cuando las llamaba con sus silbidos, y se alejaban, en cuanto él lo ordenaba.

* * *

A los pocos días presencié otra singular escena.

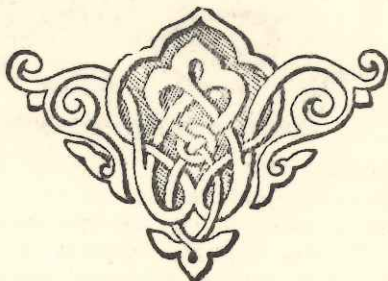
Un peón cortaba leña. Sorprendido por una víbora que salió del gran montón de ramas y troncos secos, levantó el hacha para destrozarla. Ceferino, desde el galpón, gritó con fuertes voces:

—¡No la mate!

Rápidamente estuvo al lado del peón. Yo lo seguí corriendo. Se inclinó, hizo los movimientos circulares con el sombrero hasta que el reptil se detuvo; lo acarició, lo puso en su pecho debajo de las ropas, saltó sobre su caballo y partió a escape.

Vimos que a cierta distancia se bajaba, y se inclinaba de nuevo para dejar al animal en libertad. Al volver a nuestro lado, dijo:

—¡Era una pena dejar matar así al animalito! ¡Las víboras no harían nunca daño a nadie, si la gente fuese buena como ellas!...



LA ALEGRÍA DE SER UTIL

MI padre estaba enfermo.

Cuando acudí a su llamado, y me enteré de lo que me pedía, un gozo enorme llenó todo mi ser.

Mi padre dirigía un diario y quería que yo escribiese al dictado un artículo que debía enviar en seguida.

En una mesita, dispuse lo necesario para escribir. Probé la tinta, la pluma, la agilidad de mi mano, y avisé que estaba listo.

Con voz clara y pausada, mi padre empezó el dictado.



Llené triunfalmente las primeras carillas; en las últimas, hube de hacer un esfuerzo muy grande para no mostrar fatiga.

Lo peor era aquella mano endurecida, agarrotada e insensible, que ya se negaba a obedecer a mi voluntad. Dos o tres veces pasé la lapicera a la mano izquierda, anheloso de que pudiera sustituirla. Me afligía que por culpa de los dedos me hallara a punto de fracasar en la brillante empresa.

—Bien — dijo por fin mi padre. — Hemos terminado... ¡Muchas gracias!

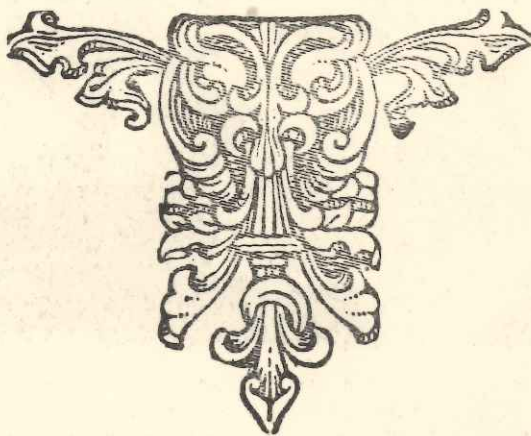
Al aproximarme para colocar el manuscrito en la mesa de luz, me dió unas moneditas y un beso... ¡Qué beso aquel, Dios mío!

Me retiré a mi habitación con los ojos llenos de lágrimas. Mientras me desnudaba, mis lágrimas rodaban lentamente por mi rostro.

Los besos de mi padre me conmovían siempre; pero el de aquella noche fué el más dulce de todos. Significaba, para mí, que yo era bueno y que estaba contento de mi ayuda. ¡Poder ayudarlo yo, pequeño aún, y aliviarlo en su tarea, pagando algo tan siquiera de su ternura y sus desvelos!

Desde el siguiente día, no perdí oportunidad para ejercitarme en escribir rápidamente. Escribía quince, veinte palabras por minuto. A fuerza de ejercitarme, llegué a escribir veinticinco y después treinta.

Pero mi letra, ya poco airosa, se pareció del todo a esas personas imprudentes o precipitadas cuando se apuran para alcanzar un tren.



NUMEROS CIRCENSES

DE vez en cuando, iban a la ciudad algunos hombres que se ganaban el sustento recorriendo el mundo con animales amaestrados. Eran números ambulantes de circo y podíamos verlos en la calle o en el propio domicilio.

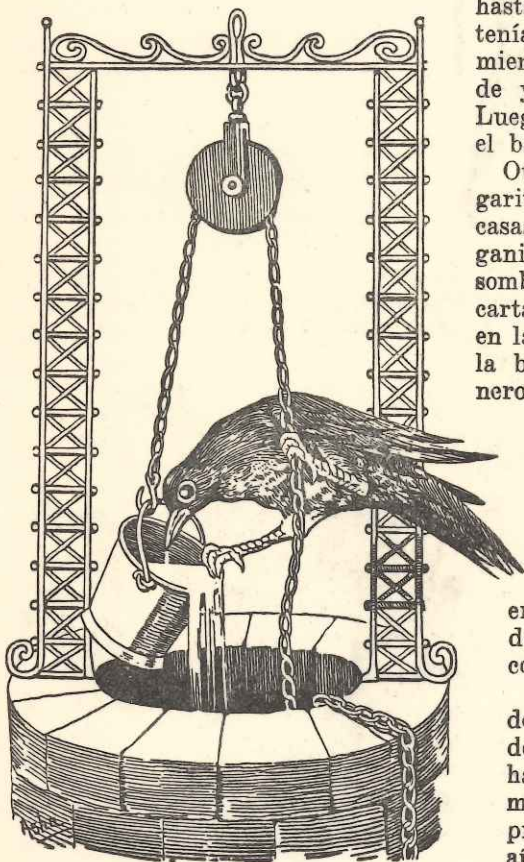
El circo es empresa que reclama capital, y aquellos hombres sólo poseían heroísmo; porque lo necesitaban, indudablemente, para enseñar al animal, convivir con él y andar así por tierras y por mares, sobrellevando una existencia miserable.

Uno poseía el pajarito que sacaba agua del pozo y realizaba otras habilidades. En el centro de la jaula, estaba el pozo perfectamente hecho en miniatura. El pajarito hacía correr la minúscula cadena por la roldana, hasta que aparecía el balde; sostenía con una patita la cadena, mientras con la otra atraía el balde y bebía un sorbito de agua. Luego hacía descender de nuevo el balde hasta el fondo del pozo.

Otro viajaba con la mona "Margarita", que en los patios de las casas, bailaba al son de ronco organillo, saludaba quitándose el sombrero con plumas, escribía una carta con lápiz, arrojaba un beso en la punta de los dedos y pasaba la bandejita para recoger el dinero.

Otro de estos singulares viajeros anduvo algunos días por la ciudad con su perro "Alí", el cual daba saltos prodigiosos, buscaba un pañuelo escondido, cantaba, era fusilado, daba la mano a todos y paseaba como un señor con galera y bastón.

El más notable era el hombre del oso, un tremendo oso pardo, con el cual aseguraba que había recorrido todo el mundo menos América del Sur, que proyectaba visitar en cuatro años. Hombre y oso tenían la





misma cara de afligidos. El hombre hablaba francés. El oso miraba como si fuera una persona. Una argolla de cobre le atravesaba el tabique nasal y nunca quedaba suelto. Hacía todas las pruebas de los osos humanos que aparecían después en carnaval. Cuando el amo abusaba de su paciencia o le exigía algo difícil, gruñía sordamente. El amo gruñía también, le mostraba el mismo palo con que él realizaba ejercicios militares; se lo ponía derecho ante los ojos; el oso bajaba la cabeza humildemente y obedecía, arrastrando las patas con cierto aire de protesta y de mala voluntad.

Aquellas dos vidas estaban unidas para siempre por la miseria y el dolor. Algo de oso había en el hombre; algo de humano se sorprendía en el oso. El oso era el esclavo del hombre; pero el hombre era esclavo del oso. Los dos estaban mal alimentados; los dos vivían una existencia penosa.

El oso sostenía el pesado palo en los momentos de la prueba; el hombre andaba con él a cuestas el día entero.

El hombre llevaba al oso sujeto de la cadena; pero también él se sentía atado al animal.

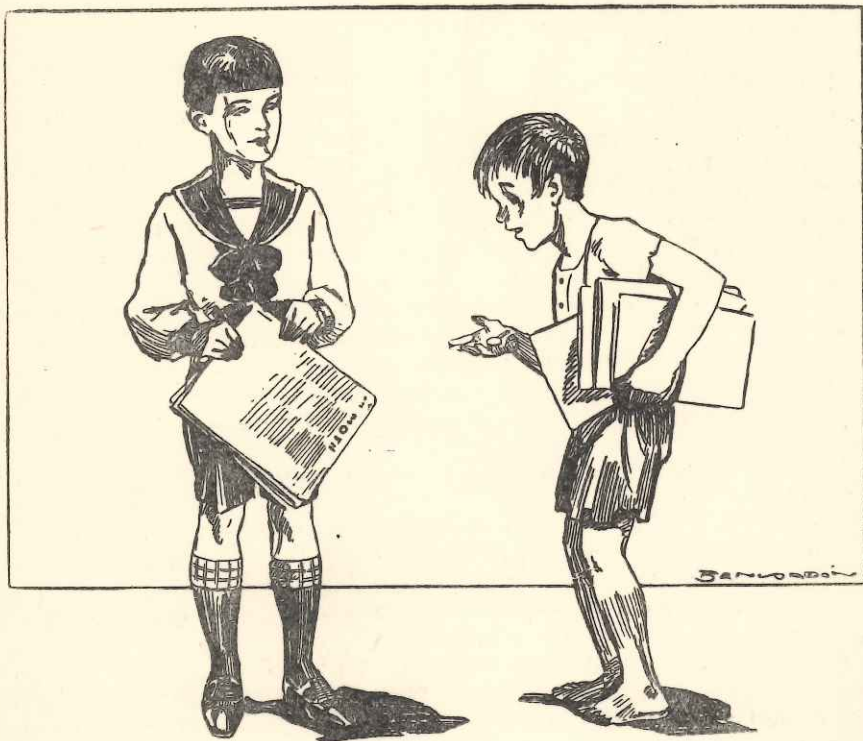
Tristes eran los dos; los dos miraban con los mismos ojos.

Acaso era mayor aún la angustia del hombre, porque sobre su mísero destino cargaba el martirio de aquel ser, antes libre, sano y vigoroso, convertido en esclavo y en payaso.



LAS LIMOSNAS

SENTI por primera vez el deseo de dar una limosna, al encontrar a un anciano de pie y de espaldas, en el umbral de una casa cerrada, devorando ansiosamente el tronco crudo de una col. Era una mañana fría de invierno. El anciano tenía el cuello del desteñido sobretodo levantado y procuraba ocultar el rostro... ¡Con qué hambre y con qué apuro roía aquellas duras fibras!... Me detuve afligido, busqué alguna moneda en mis bolsillos...; pero no me atreví a dársela. Supuse que la



amargura del anciano al verse sorprendido, excedería a lo que mi ayuda pudiera significar para él.

Otra vez encontré a un obrero sin trabajo, tan flaco y desalentado al retirarse de una obra en construcción por no conseguir empleo, que sin vacilar puse en su mano el dinero que tenía. Apreté bruscamente mi mano y seguimos, emocionados, cada cual nuestro rumbo, sin decirnos palabra.

Otros hombres y mujeres he visto en situaciones parecidas, que sufren

mucho, que necesitan de todo y que no piden nada: a ellos les corresponde mejor que a nadie nuestra ayuda.

La limosna es cosa íntima y sagrada. Cuando se da delante de otras personas, se desnaturaliza y se vuelve desagradable.

La limosna material alivia poco los dolores del mundo, porque los mismos errores y los mismos vicios que causaron la desgracia que comprobamos y aliviamos, producirán de nuevo otras parecidas.

A los niños no se les puede dar limosna en forma directa, porque se les induce a comprender equivocadamente la vida. Cada cual debe pensar en bastarse a sí mismo con su esfuerzo y no esperar que los demás satisfagan sus necesidades.

Un día encontré a un niño muy pobremente vestido y descalzo que llevaba bajo el brazo hojas sueltas de diarios y las ofrecía como si fuesen diarios completos. Me acerqué y, dándole una moneda, le pedí un diario. Me entregó con seriedad media hoja muy bien doblada y tomando la moneda echó a correr gritando hacia el fondo del inquilinato.

Muy contento me alejé. Imaginaba la escena del pobrecito al contarle a su mamá que había vendido un diario...

¡Qué lindo — pensaba — poder comprar papelitos doblados a muchos niños que creyeran, como éste, que vendían verdaderamente diarios!

Con otro muchachito, casi desnudo, que tenía la cara cruzada con un pañuelo anudado en la cabeza — porque, seguramente, sufría de las muelas, — me ocurrió algo curioso. Tomé dos moneditas y se las di, diciéndole:

—Mira: encontré esto en la vereda y te lo voy a dar a ti...

Apenas contempló el muchachito el dinero en la palma de su mano, cerró ésta y exclamó:

—¡Zas!... ¡Plata mía! ¡Yo mismo la perdí hace un momentito!

Pude decirle que mentía, pues las monedas habían salido de mi bolsillo...; pero me quedé mudo ante su audacia.

Inventé lo del hallazgo para que no pareciese una limosna, y él inventó la pérdida con rapidez desconcertante.

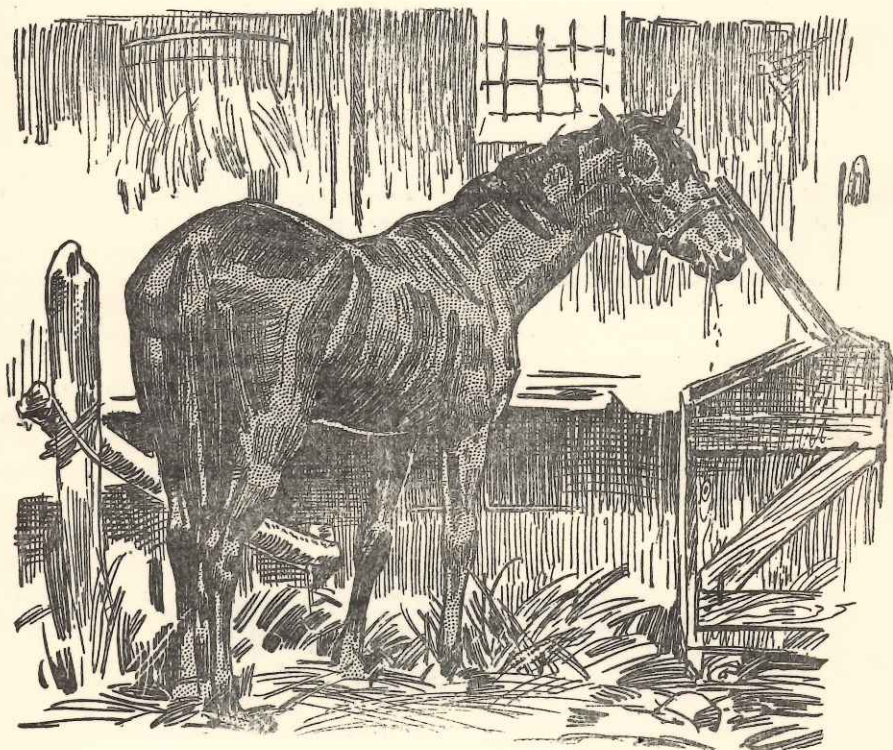
Quien le enseñó a ese niño a falsear la verdad lo puso en el camino de la desgracia. Ahora estará él necesitado de la caridad de alguien que le enseñe a no mentir; pero ¿quién sabe si lo encontrará? ¿Quién sabe si, aun encontrándolo, esta caridad llegará a su alma?

LOS CABALLOS

YO no sé por qué quiere más la gente a los gatos y a los perros. Si el hombre no hubiera contado con el caballo para ir de un punto a otro, labrar la tierra y transportar la cosecha, ¿qué le importaría que en su casa hubiese ratones y que el perro se estuviera de centinela toda la noche?

Los caballos aman la libertad más que cualquiera otra cosa; pero la pierden, siendo tan fuertes, y se someten al hombre para serle útiles. El hombre sólo les da lo que nunca les falta en pleno campo: la comida y el agua.

Me acuerdo de un caballo viejo que ya no trabajaba. Durante veinte años arrastró coches de alquiler. El dueño lo tenía suelto en la caballeriza. Andaba por donde quería y nadie se ocupaba de su ración, porque se servía a su gusto en los montones de pasto y en los grandes cajones de maíz, avena y afrecho. Pero sus gastados dientes se fatigaban pronto y cada vez comía menos.



Bañaba el sol, al mediodía, un rincón de la obscura caballeriza, y era notable observar al viejo caballo dirigirse a la hora exacta hacia aquel rincón iluminado para descansar plácidamente al sol, como un anciano, de su vida de trabajo.

* * *

Recuerdo a otro caballo, manso y valiente en la marcha, al cual nadie podía montar más que su dueño. Cuando se le acercaba cualquiera otra persona, su inquietud y sus movimientos denotaban que no la aceptaría como jinete, y a cuantos, con violencia, lo montaron, encontró modo de arrojarlos al suelo. Al aproximarse, en cambio, el dueño, extendía las cuatro patas todo lo más que era posible, con lo cual, disminuyendo la altura de su lomo, facilitaba la monta. Daba pruebas de voluntad para complacer en todo a su jinete.

Un señor hizo la experiencia de darle a su caballo, todos los días, a la misma hora, un terrón de azúcar. Al cabo de unas semanas, cuando el reloj marcaba justamente las tres de la tarde, el caballo relinchaba dentro del pesebre. ¿Cómo sabía el caballo la hora exacta?...

* * *

Hay caballos bromistas, que no pierden oportunidad de evidenciar su genio alegre. La gente entendida los clasifica de "caballos payasos". Uno de ellos quitaba a su dueño la flor del ojal o el pañuelo del bolsillo; otro salía cautelosamente de su pesebre y abría los pesebres de los demás caballos... Al acudir el cuidador, "el payaso" ya estaba de nuevo en su sitio, con aire de absoluta inocencia, mientras los otros eran sorprendidos junto a las más apetecibles provisiones.

Tales hechos, y muchos más que es fácil observar, demuestran que el caballo, tratado con inteligencia y con bondad, no es estúpido ni malo.

¿Quién sabe, si el caballo pudiera hablar, lo que diría de la torpeza y la crueldad del hombre!...



LOS ARBOLES

MI vida, sin árboles, sería incompleta. Si pudiera, plantaría árboles todos los días, en todas partes.

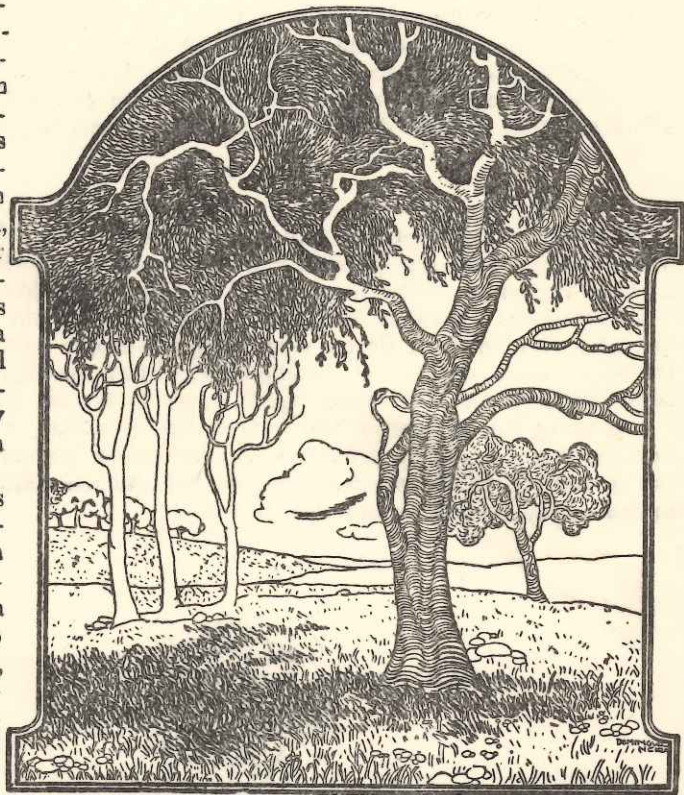
He probado lo que es ser árbol, poniéndome como ellos, quieto y con los brazos abiertos sobre la tierra; pero en seguida me cansé... ¡Cuánta paciencia, serenidad y dulzura, se necesita para ser árbol!... He supuesto que daba sombra y daba fruto; pero en seguida he elegido las personas a quienes favorecería con el reparto... ¡Qué caridad sublime, qué caridad divina se necesita para dar como los árboles!

Son como hombres y mujeres que no pueden caminar, porque tienen las piernas hundidas en el barro. Ya que no les es posible andar sobre la tierra, van hacia el cielo.

Abren los brazos para protegernos del sol y de la lluvia. Sacan sustancias de lo hondo del suelo y las llevan allá arriba para que el sol

las limpie y dulcifique y, convertidas en fruto, quedan en sus ramas al alcance de todas las manos, porque ellos dan sin mirar a quien, sin distinguir amigos y enemigos; porque ellos son la verdadera caridad en el mundo: para todos los seres y por toda la vida siempre igual.

¿No habéis visto cómo espera la granada que alguien goce su frescura deliciosa?... Pero si pasan los días, y ningún ser humano la aprovecha, desgarrar la corteza y brinda abierta a los pá-



jaros sus tentadores rubíes de agua y azúcar.

En la inmensidad de la Pampa, el árbol brinda su amparo cuando llueve; brinda su fresca sombra en las ardientes horas de verano. Es una casa abierta para todos, donde se recibe con igual bondad al rico y al pobre, al holgazán y al laborioso.

* * *

Los árboles son tan buenos que muchas veces mueren porque no piden lo poco que necesitan.

Sufren en silencio la sequía, que los condena al hambre; la asfixia del polvo que cubre cada hoja; las mordeduras de los gusanos que roen su tronco. Reciben, en silencio, la bendición del cielo con el sol y con la lluvia que los limpia, los nutre y los alegra.

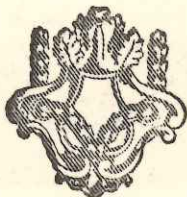
¡Parece mentira que una semillita se ingenie para trabajar bajo la tierra, alimentarse, crecer, abrirse paso hacia la luz, y ascender, ascender cada segundo hacia lo infinito, hasta convertirse en un señor árbol gigante, al lado del cual el hombre es tan chiquito!

* * *

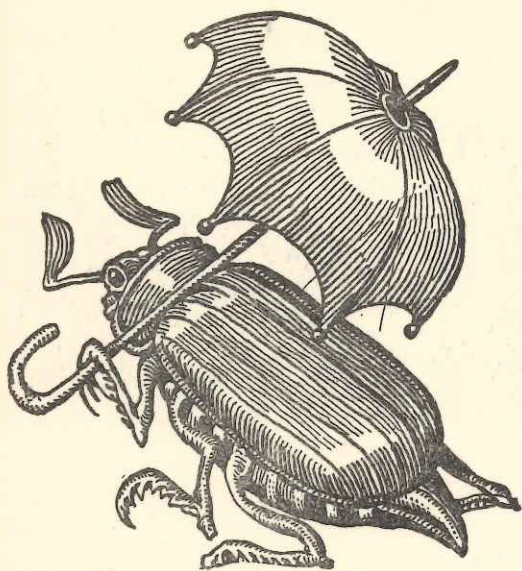
Bondadosos gigantes que nunca mataron, que no robaron nunca, que hacen todo el bien que pueden y que, al morirse de viejos, todavía van a calentar, con su corazón en brasa, el corazón de los ancianos.

¡Bondadosos gigantes! No podría hablar de mí sin recordarlos, porque ellos forman parte de mi vida, como mi propio cuerpo. Ellos me han enseñado tanto o más que los hombres. Ellos me dijeron siempre que fuese bueno y me mostraron con su ejemplo la más pura bondad.

Los niños son amigos de los árboles. En la ciudad y en el campo, deben ser sus guardianes. Tenemos que cuidarlos, porque siendo tan buenos y tan útiles, no pueden moverse, no pueden defenderse, no piden nunca nada, aunque se mueran de sed.



LOS BICHITOS



MI permanencia en las habitaciones se limitaba a las horas indispensables para comer y dormir. Todo el tiempo posible estaba al aire libre, bajo los árboles, y mi principal encanto consistía en descubrir bichitos y observarlos.

Los bichitos poseen pies, manos y ojos; comen, beben, trabajan y descansan. Si se les observa con atención, se les nota mucho parecido con las personas; si se estudia la vida y las costumbres de los seres humanos se les encuentra bastan-

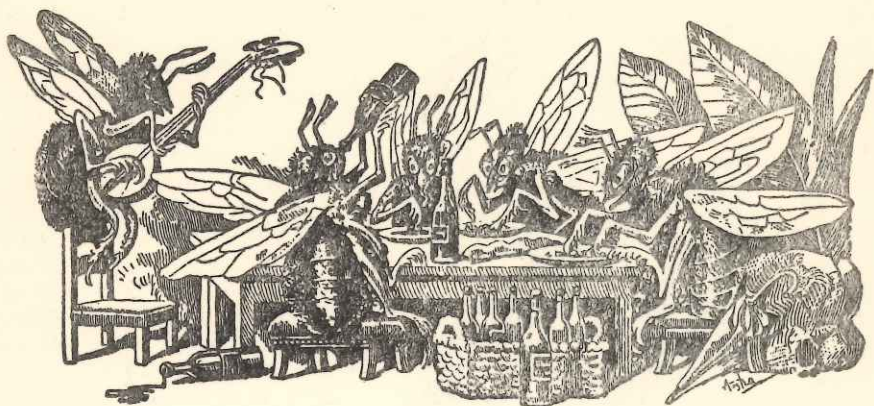
te parecido con los bichitos. Estos —debo decirlo honradamente— han sido también mis maestros.

Es posible poseer insectos vivos y también arañas, caracoles y otros animalitos, en condiciones excelentes. Se mantienen en esa forma siempre que se les tenga en un sitio adecuado, a temperatura conveniente y se descubra su alimento natural, que es lo más difícil en algunos casos. Las arañas, los coleópteros y otras especies viven y se reproducen en cautividad.

En un damero hice como veinte casitas de madera y lo cubrí con un cristal, dejando espacio para la renovación del aire. Allí vivieron en excelentes condiciones numerosos grillos. Salían de sus escondites para comer y beber agua y también para pasear. Son admirables la equidad y hasta cierta cortesía y respeto mutuo que predominan en sus relaciones. Los grillos se acostumbraron a vivir en sus casitas y en ellas se escondían ante cualquier signo de peligro. Al que se metía en casa ajena, lo obligaban a abandonarla; cuando un grillo come, ninguno lo molesta.

Lo más extraordinario que observé en los bichitos es la inmensa variedad de tamaño, de formas y de colores; el acierto casi infalible de su instinto; la extraordinaria fuerza que poseen en relación al peso; la afición que demuestran por el trabajo.

Si los hombres, en relación con su cuerpo, trabajaran como las hormigas o las abejas, por ejemplo, en un día levantarían una espléndida ciudad; en otro sembrarían toda la tierra disponible; en otro fabri-



carían la ropa necesaria para la humanidad entera.

Yo veía que los bichitos ni enferman ni mueren por culpa del trabajo, y que ejecutan obras realmente bellas y admirables, por el puro placer de la actividad y de la perfección.

Pequeñitos como son, se arreglan para luchar, sin ayuda extraña, con fuerzas tan formidables como las de la naturaleza. Ellos están al sol, pero no se queman; hallan recursos para no perecer sepultados bajo la nieve o las arenas; evitan que los fuertes vientos los lleven a lugares donde no les sería posible sobrevivir. Ellos se defienden de las temperaturas extremas, del hambre, de las enfermedades, y de los innumerables seres que los acechan para devorarlos. A veces salvan la vida ocultándose; otras, simulan formar parte de los minerales o las plantas; ya se baten heroicamente; ya se valen de su agilidad, de su rapidez o de su destreza para huir; ya fingen estar muertos y no dan señales de vida hasta que consideran que el peligro ha pasado.

Cuando nosotros nos equivocamos, lo más frecuente es que se nos advierta contra el error o el olvido; pero al bichito sólo le dice la naturaleza: ¡Muere!

Perecen millones de ellos en cada segundo; pero a millones vuelven a la vida, a la lucha y al trabajo, fieles a la consigna misteriosa de perseverar, de sufrir y de triunfar sobre el hambre, sobre los dolores, sobre la muerte; fieles como ejércitos aguerridos y bien disciplinados.

El más grande y poderoso enemigo de los pequeños seres es el hombre. Parece que los insectos existieran para que el hombre los persiga y así se ve él obligado siempre a luchar y trabajar como ellos.

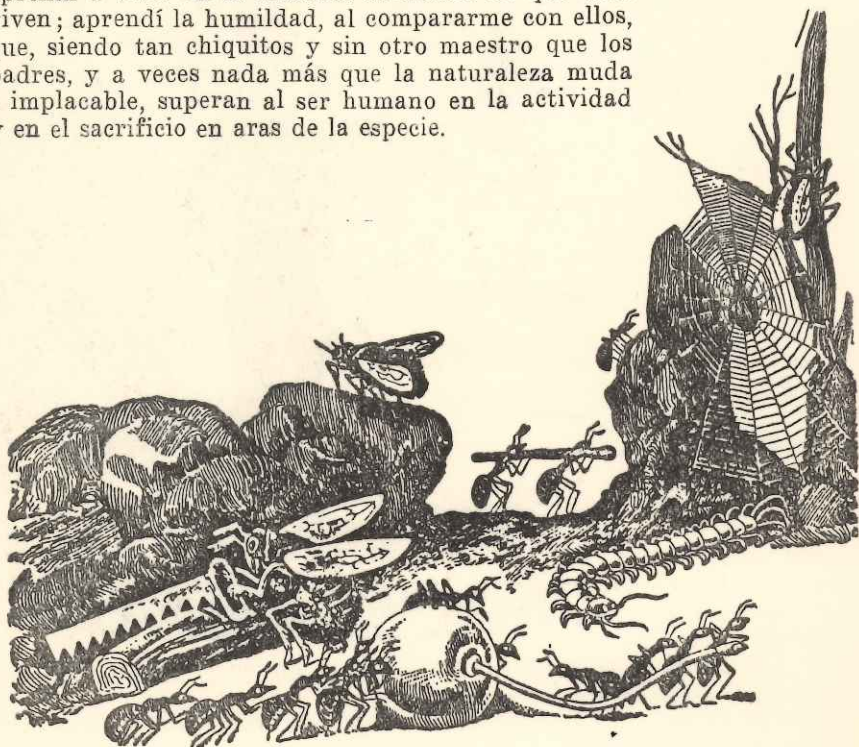
Pensemos, en efecto, cuánta actividad reclama de las dueñas de casa la humildísima polilla; cuántos desvelos imponen los innumerables ani-

malitos que amenazan la vida de los árboles.

Yo creía que las lombrices de tierra, por ejemplo, no servían para nada y que eran entre todos los seres pequeñitos, los más feos y los más inútiles. Después, he sabido que al abrir agujeros favorecen la ventilación y la fertilidad del suelo, siendo los mejores aliados del agricultor.

Todos los seres, aun los más repulsivos y molestos, cumplen funciones útiles en el conjunto de la vida. Conocerlas y valorarlas, depende de la observación y de la inteligencia del hombre, que nunca podrá llegar cabalmente a penetrar en los designios del Creador; pero cuya sabiduría no puede, sin locura, poner en duda. Por esto es fácil afirmar que el hombre que se proponga justificar la existencia de un bichito reputado perjudicial, cualquiera sea, la hormiga o la mariposa, por ejemplo, encontrará motivos para demostrarlo.

Aprendí de los insectos la gran lección del trabajo; aprendí a vivir en la inocente confianza en que ellos viven; aprendí la humildad, al compararme con ellos, que, siendo tan chiquitos y sin otro maestro que los padres, y a veces nada más que la naturaleza muda e implacable, superan al ser humano en la actividad y en el sacrificio en aras de la especie.



LA MAS TRISTE MAÑANA

MI padre enfermó de pronto, se puso grave tres días después, y no hubo esperanza de salvarlo.

Fué aquella de su muerte la más triste mañana de mi vida.

Aclaraba, llegaba el nuevo día; los árboles y los pájaros lo saludaban... ¡Y mi padre moría!... ¡Todo ajeno a mi dolor! ¡Todo lo mismo que antes! ¡Todo completamente como si yo fuera el mismo niño que ayer!...

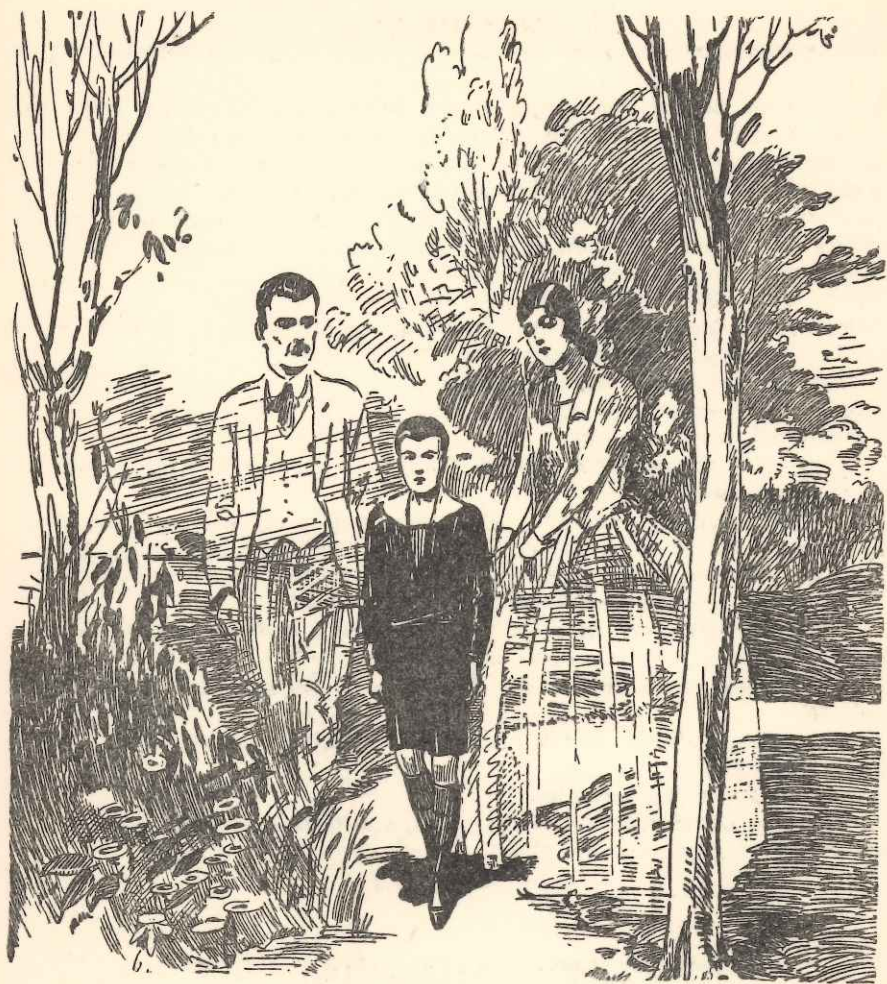
Aquel contraste entre la naturaleza y mi alma, me parecía inexplicable. Inexplicable aquella indiferencia ante el desamparo en que yo quedaba.

Salía a cada momento de la casa para andar bajo los árboles, para mostrarles a todas las cosas y a todos los seres mi cara empapada en lágrimas. Yo quería que las plantas, los insectos y los pájaros queridos vieran mi dolor al quedar huérfano.

En mi inocencia de niño, creí que mi tragedia iba a ser comparada por los pájaros; creí que ellos cantarían tristemente al comprender mi pena.

Pero el sol iluminaba como antes; los pájaros trinaban con la alegría de siempre; las flores no se marchitaban. Me detuve ante una arañita que tejía su tela y vi que no dejaba su trabajo y que tampoco estaba triste. ¡A nadie, pues, le importaba mi dolor, en aquel mundo que yo amaba tanto?... ¡Nadie ni nada comprendía que yo no era el de antes, y que lloraba porque quedaba sin mi padre!...





¿SE PUEDE VIVIR SIN PADRES?

A los trece años tuve que preguntármelo, rota, por segunda vez, mi vida.

¿Cómo podría vivir sin los cuidados y la ternura de mis padres?

—¡Pobre Mangocho! — me decía. — Siempre serás un niño, un pobrecito niño, que andará por el mundo sin padre y sin madre, buscando un poco de amor.

Hoy es tu alma un río, porque lloras; mañana será un árbol, porque

tus ilusiones caerán como hojas secas; después, una montaña, porque la nieve irá enfriando tu cabeza; después, un pájaro, una flor silvestre, o solamente una lágrima oculta en un corazón...; pero siempre serás un pobre niño privado de aquellas manos que dan frescura en la fiebre, y calor cuando hace frío; privado de las palabras que nadie más que los padres saben decir; privado de las ternuras que nos curan de todo y que todo lo embellecen y todo lo dulcifican...

Pero tanto lloré que comprendí...

Comprendí que me había equivocado al creer que era posible vivir sin madre; comprendí que tampoco era posible vivir sin padre...

Vivo, porque los dos están conmigo...

Ellos no se apartaron nunca de mí.

Nunca los perdí del todo.

A los otros muchachitos que se sintieron sin madre o sin padre les ocurrirá lo mismo.

¡Siempre los tengo conmigo! Mi padre ha sido mi amigo y compañero inseparable; mi consejero y mi guía. Nada he temido, porque no di motivo a su disgusto; nada he robado, porque él no me lo hubiera consentido.

¡Ninguna voz de la tierra escuché como la suya!

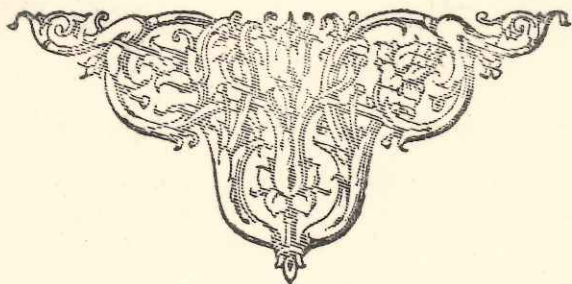
¡Ningún hombre, ni todos los hombres juntos podrían hacer por otro hombre lo que él, vivo y muerto, ha hecho por mí!

Si yo pusiese aquí cuanto me dieron, se vería que todo es de ellos; nada mío.

Aquí están, padre y madre, junto a mí, cuando trabajo; junto a mi cama, si duermo.

¡Por eso he vivido hasta hoy!...

¡Y unidos seguiremos por el mundo, uno a cada lado mío, cada una de mis manos en una mano de ellos!

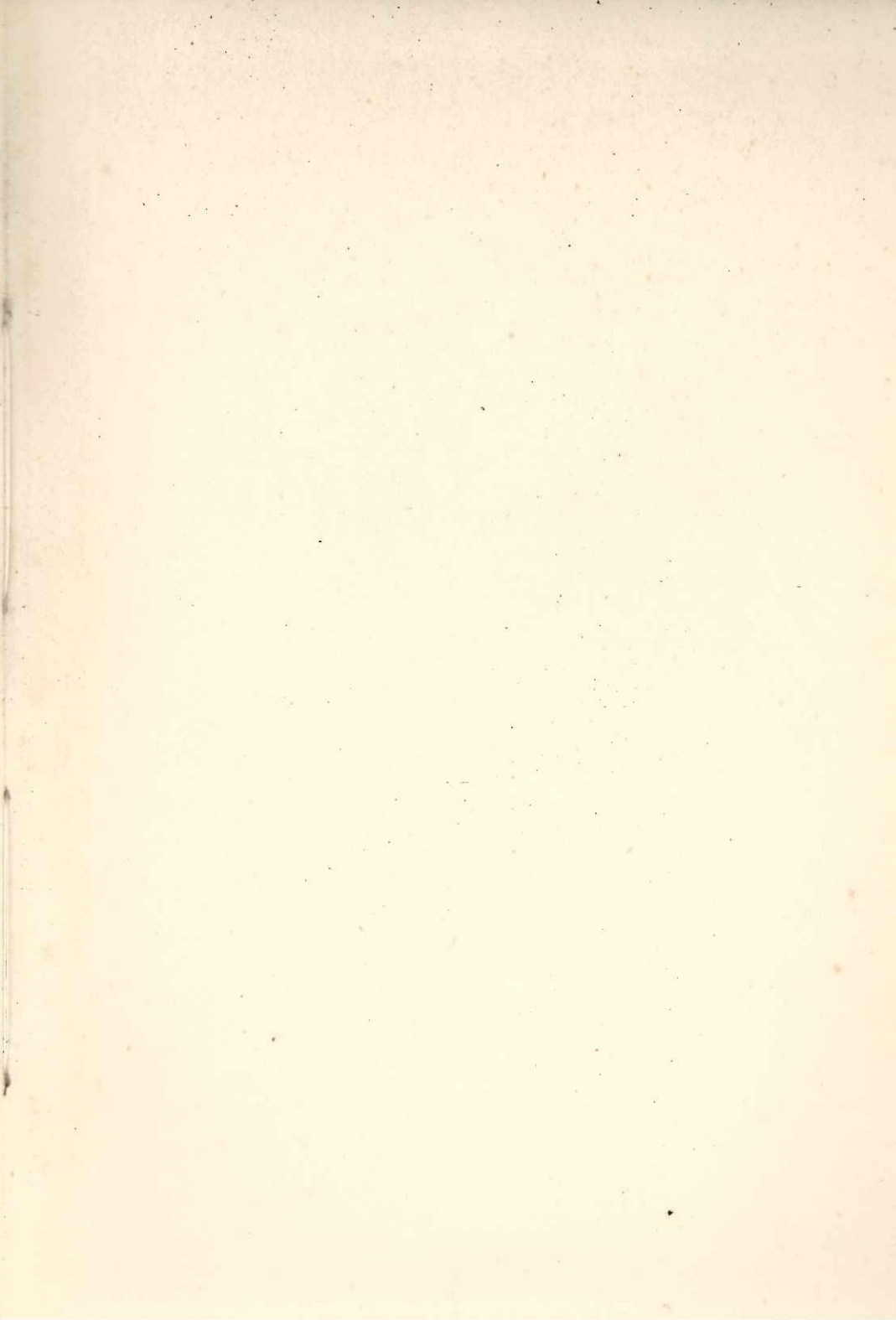


INDICE

INDICE

	<u>Págs.</u>
AL LECTOR	7
¿QUIÉN SOY?	9
¿SE PUEDE VIVIR SIN MADRE?	11
LOS CARAMELOS ERAN MUY RICOS ENTONCES ..	13
UN NEGOCIO	15
EL JUEGO DE LOS CARRITOS	17
EL PRIMER CUENTO	19
LOS MÚSICOS AMBULANTES	21
EN DILIGENCIA	23
LAS RUEDAS	25
MIS MAESTROS	27
DON BENJAMÍN	29
UN PERIÓDICO ORIGINAL	31
EL CUADRO QUE NUNCA PUDO HACER MANGOCHO	33
EL MIEDO A LA OBSCURIDAD	35
LOS CHANGADORES	38
EN LA LIBRERÍA	39
LA LAGUNA	41
EL TORDO	43
EL CIRCO	45
LOS JUEGOS	47
EL PAN CRIOLLO	49
EL NATO	51
LA REVISIÓN	53
TIPOS INOLVIDABLES	55
EL NEGRO LORENZO	57
UNA FAENA INESPERADA	59
LA CAZA DE PAJARITOS	61
RATA CALLEJERA	63

	Págs.
LOS SIRVIENTES	65
LAS ABUELITAS	67
LA RABONA	69
EL CARNERO CABALLO	71
TREMENDAS PREOCUPACIONES	74
LOS MÚSICOS DE MÁRMOL	77
EL VENDEDOR DE BARRILETES	79
MANDINGA	81
DON JACOBO	83
LA BALLENA	85
EL AMIGO FIEL	87
UN PASEO ACCIDENTADO	89
MARÍA ELENA	91
CEFERINO Y LAS VÍBORAS	93
LA ALEGRÍA DE SER ÚTIL	95
NÚMEROS CIRCENSES	97
LAS LIMOSNAS	99
LOS CABALLOS	101
LOS ÁRBOLES	103
LOS BICHITOS	105
LA MÁS TRISTE MAÑANA	108
¿SE PUEDE VIVIR SIN PADRES?	109



EL PAN CRIOLLO

LO cierto fué que debía regresar solo desde la casa de una familia amiga mía.

Eran las ocho de la noche y disponía de una monedita para ir en el tranvía.

Comencé a caminar, y grave duda ocupó mi pensamiento. ¿Tomar el tranvía o ir a pie y comprarme un pan criollo?... Mientras reflexionaba, continuaba la marcha.

En aquel momento había para mí en el mundo dos cosas: el hambre y la distancia. Y en las dos pensaba sin dejar de caminar.

Subiendo al tranvía llegaría más pronto a mi casa, y comería. Si iba a pie también comería, y algo muy rico y difícil de encontrar: un pan criollo.

Pasó un tranvía.

Caminaba y pensaba que no había en el mundo ningún manjar más delicioso, sabroso y apetecible que el pan criollo.

No lo encontraría en mi casa, donde estaba prohibido, porque "los panaderos lo amasaban con los pies". ¿Sería verdad que lo amasaban con los pies?... Así se decía, al menos.

Pasó otro tranvía.

